

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

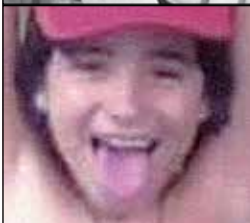
Número 57 - Julio de 2014 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



6

Vicente Mejía:
el sacerdote
que levantó a
Medellín

10

El último viaje
de Chavelito

12

Fumar fue un
descubrimiento
maravilloso

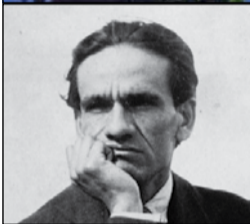
16

Que lo diga ella



18

César Vallejo



22

Derrota al
cuadrado

25

Civitas



UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDITOR

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora
— Guillermo Cardona
— Alfonso Buitrago
— David E. Guzmán
— Andrés Delgado
— Anamaría Bedoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

— María Isabel Naranjo

ASISTENTE

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro

Número 57 - Julio 2014

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Entre
combates
y totazos

Las últimas explosiones en el centro de Medellín han sido en dos puntos que marcan la marginalidad social y los bordes prohibidos de la ciudad: Barrio Triste y El Raudal, donde las granadas han reemplazado a los puñales, son lugares en los que de alguna forma se presume, se tolera y se supone una ilegalidad menor, un desorden inevitable. Pero las luchas en el centro de la ciudad, por pequeñas que parezcan, así involucren a las carretas de aguacates, las casetas de los vendedores de quincalla o el surtido de las películas porno, implican una pelea entre clanes poderosos, entre mafias que regentan los negocios ilegales, organizan los negocios informales y extorsionan —y en algunos casos dirigen— los negocios legales. Nos han hecho pensar en una pelea entre patronos de jibaros y se trata de una guerra por un territorio decadente y floreciente al mismo tiempo, un espacio comercial envidiable y un referente histórico invaluable que la ciudad puede perder a manos de delinquentes más o menos invisibles.

Desde hace cerca de treinta años el centro de Medellín fue perdiendo relevancia social y política, salieron los grandes emblemas públicos y los poderosos avisos comerciales, los llamados Palacios fueron quedando en manos de contrabandistas con dudoso pasaporte panameño o de empresas culturales que intentan “curar” el entorno. Los bancos huyeron hacia nuevas millas de oro y los habitantes que resisten encuentran en las rejas, las ventanas y la administración del edificio la única forma de protección y defensa. Unos ejemplos nuevos para que no hablemos de historia. Hace más o menos diez meses algunas rutas de buses que bajan desde el Norte hacia la Oriental fueron desviadas a la carrera Sure, donde sobreviven residentes de edificios históricos a una cuadra del Parque Bolívar. Se dijo que era una decisión temporal pero el infierno de frenazos, bocinas y chimeneas subsiste, y los habitantes se persignan todos los días al entrar y salir del ascensor. Las aceras están al nivel de la calle y han sido tomadas por las motos. Al menos hay unas urgencias cerca. Sobre la huida de las divisas importantes digamos que el edificio de Comfenalco en Palacé, donde funciona su sede administrativa y de servicios, está en vía de convertirse en otro “hueco”. Ya se sabe que el precio varía dependiendo de las cosas que pasan en las aceras cercanas. Y se intuye quien gana y quien pierde. También parece decidido que el Banco de la república se llevará sus principales preocupaciones a un lugar más tranquilo y dejará su edificio, el mismo que tiene a La Gorda como su prendedor, como sede cultural. Una buena oportunidad y una amenaza. También sabemos que nuestros museos tienen sobre todo un poder: el llanto.

Las teorías de quienes se han dedicado a estudiar los mecanismos de las mafias también pueden ayudar a entender la dinámica en las esquinas

del centro de Medellín. Hace cerca de veinte años Diego Gambetta escribió su libro *La mafia siciliana: El negocio de la protección privada*. Nada distinto a lo que “venden” quienes pasan todos los días por vitrinas, ventanillas, carretas y mostradores en Centro, amenazando con la cara “dulce” de quien ofrece seguridad. Las mafias se dedican a cobrar las deudas que no tienen respaldo en los códigos, a defender a quienes no tienen el aval del Estado, a propagar la idea de que la autoridad con uniforme no es confiable y a lograr que reine un clima de temor y desconfianza para ser el único resguardo posible, una especie de mal obligatorio y deseable. La definición de Gambetta es sencilla y convincente: “La hipótesis que desarrollamos aquí es que la mafia es una empresa económica específica, una industria que produce, promueve y vende protección privada”. En caso de que no exista demanda para sus servicios los mafiosos se encargan de crearla. Hace casi dos años el centro de Medellín sufrió una asonada de seis horas que obligó a cerrar algunas estaciones del Metro, buena parte del comercio y mostró que el caos es una opción en medio de ese orden inestable sostenido por un poder ilegal. Ese especie de motín tuvo su cara espontánea y sus estrategias, detrás hay un poder que defiende sus rentas y presta protección contra un Estado que hace rato dejó de ser quien pone las reglas para convertirse en un actor más, muchas veces despistado y corrupto, algunas veces bienintencionado e ingenioso y otras más, arrogante y errático.

El centro no ha perdido su vitalidad y su encanto, necesita sobre todo quien ayude a hacerlo reconocible para muchos habitantes de la ciudad. Necesita del Estado y los ciudadanos. Las cámaras en los postes no son suficientes. Quienes trabajamos en Universo Centro hemos atendido muchas veces preguntas de personas que viven en Medellín y se arriman con la timidez de algunos turistas: “¿Hey que hay por aquí en el Centro como pa conocer, qué sitios bacanos hay por ahí?”. La curiosidad no se ha perdido y tal vez ese desconocimiento sea una oportunidad. Falta también quien defienda a los habitantes de la Comuna 10 y a quienes intentan consolidar una lógica que no responda a los intereses de los dueños soñados. El rescate de cinco edificios claves, emblemáticos en el centro de la ciudad, que llevarán un público y unos negocios por fuera del círculo vicioso que se activó hace unos años sería un intento deseable. Un ejemplo a mano alzada: un centro de fotografía y memoria de Medellín en la casa que fue de Pastor Restrepo en el Parque Bolívar. Están las fotos, el público y el escenario. Allí hubo un teatro improvisado donde ahora hay un bar de nostalgias. Valdría la pena montar un cuarto oscuro y prometedor antes de que llegue una panadería resplandeciente. UC

La idiocia del amor
más puro

por ROBERTO PALACIO

Ilustración: Camila López

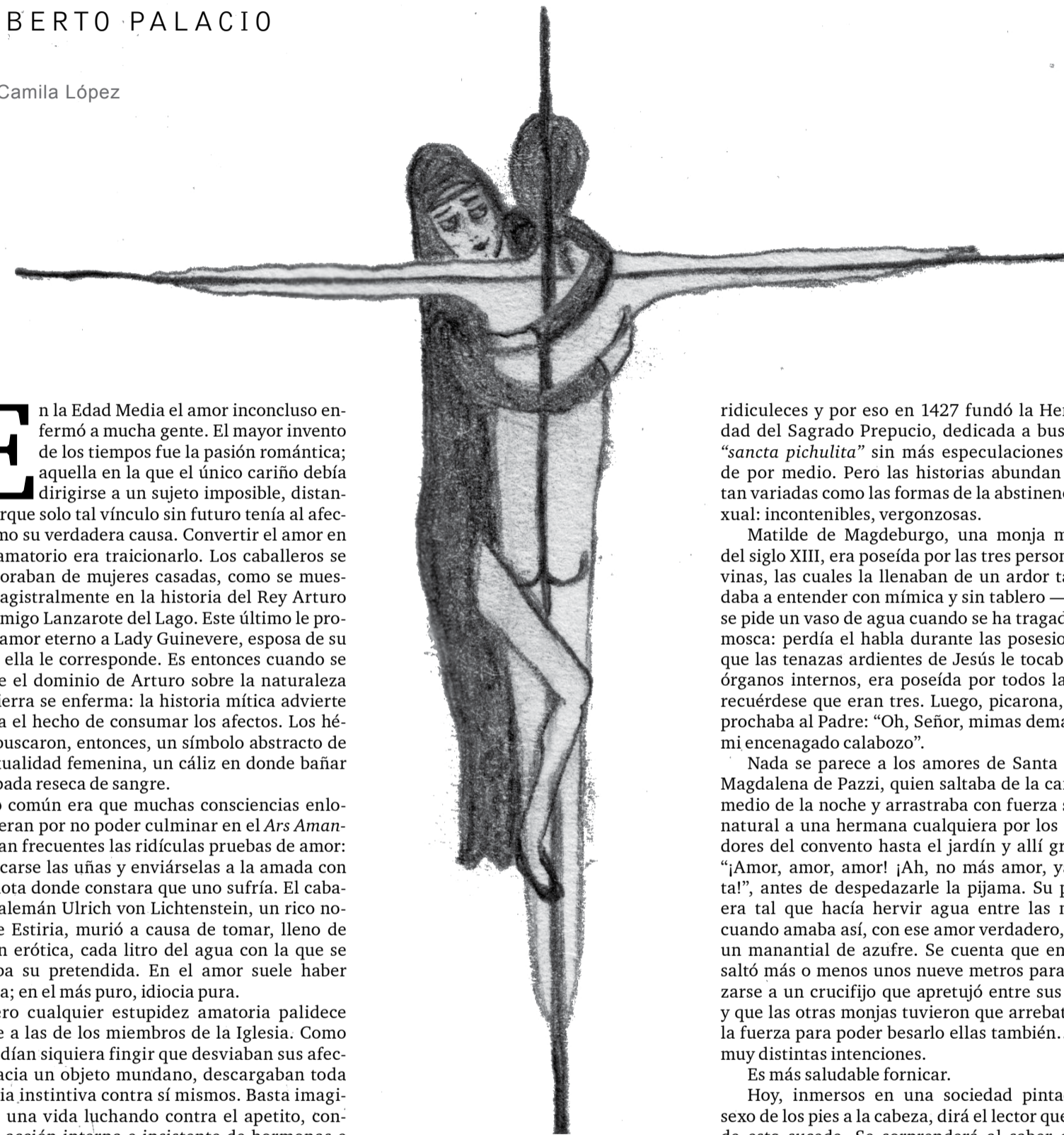
En la Edad Media el amor inconcluso enfermó a mucha gente. El mayor invento de los tiempos fue la pasión romántica; aquella en la que el único cariño debía dirigirse a un sujeto imposible, distante, porque solo tal vínculo sin futuro tenía al afecto como su verdadera causa. Convertir el amor en acto amoroso era traicionarlo. Los caballeros se enamoraban de mujeres casadas, como se muestra magistralmente en la historia del Rey Arturo y su amigo Lanzarote del Lago. Este último le promete amor eterno a Lady Guinevere, esposa de su rey, y ella le corresponde. Es entonces cuando se rompe el dominio de Arturo sobre la naturaleza y la tierra se enferma: la historia mítica advierte contra el hecho de consumir los afectos. Los héroes buscaron, entonces, un símbolo abstracto de la sexualidad femenina, un cáliz en donde bañar su espada reseca de sangre.

Lo común era que muchas conciencias enloquecieran por no poder culminar en el *Ars Amandi*. Eran frecuentes las ridículas pruebas de amor: arrancarse las uñas y enviárselas a la amada con una nota donde constara que uno sufría. El caballero alemán Ulrich von Lichtenstein, un rico noble de Estiria, murió a causa de tomar, lleno de pasión erótica, cada litro del agua con la que se bañaba su pretendida. En el amor suele haber idiocia; en el más puro, idiocia pura.

Pero cualquier estupidez amorosa palidece frente a las de los miembros de la Iglesia. Como no podían siquiera fingir que desviaban sus afectos hacia un objeto mundano, descargaban toda la furia instintiva contra sí mismos. Basta imaginarse una vida luchando contra el apetito, contra la acción interna e insistente de hormonas e impulsos que se cuecen inevitablemente. Debían darse latigazos, saltar en ríos helados, mortificarse para que el dolor supliera los deseos de la carne, porque la carne lo que no soporta es no sentir nada: es preferible el dolor a la anestesia. Los ejemplos abundan y me encantan. En medio de su barbaridad denotan algo de humor y un cierto gusto por la vida..., y son el tipo de cosas que hacen los adolescentes, casi todos apasionados místicos de alguna causa.

Margarita Ebner, una monja bávara del siglo XIV, solía dormir en la cama con un modelo a escala del Niño Jesús. Una noche le oyó decir que le permitiera mamar de su seno, a lo cual la monja accedió extasiada; no es propio negarle algo a un muñeco de madera que habla. A cambio, le pidió que la besara y la dejara deleitarse con la sagrada circuncisión, algo que todos hemos soñado que nos pidan. A las monjas de varios conventos, de hecho, les obsequiaban un anillo que era supuestamente elaborado con la piel del sagrado prepucio.

Agnes Blannbekin, monja alemana del siglo XVIII, dijo haber tenido una experiencia mística sobrecogedora cuando se lo metió a la boca y luego de tragárselo le fue revelado que Jesús tenía prepucio en el cielo: ¡visión bendita!, tal vez también había revertido su judaísmo. Claro que la Iglesia, como recia institución de *sapientia*, no iba a soportar esas



ridiculeces y por eso en 1427 fundó la Hermandad del Sagrado Prepucio, dedicada a buscar la “*sancta pichulita*” sin más especulaciones locas de por medio. Pero las historias abundan y son tan variadas como las formas de la abstinencia sexual: incontenibles, vergonzosas.

Matilde de Magdeburgo, una monja mística del siglo XIII, era poseída por las tres personas divinas, las cuales la llenaban de un ardor tal que daba a entender con mímica y sin tablero —como se pide un vaso de agua cuando se ha tragado una mosca: perdía el habla durante las posesiones— que las tenazas ardientes de Jesús le tocaban los órganos internos, era poseída por todos lados... recuérdese que eran tres. Luego, picarona, le reprochaba al Padre: “Oh, Señor, mimas demasiado mi encenagado calabozo”.

Nada se parece a los amores de Santa María Magdalena de Pazzi, quien saltaba de la cama en medio de la noche y arrastraba con fuerza sobrenatural a una hermana cualquiera por los corredores del convento hasta el jardín y allí gritaba: “¡Amor, amor, amor! ¡Ah, no más amor, ya basta!”, antes de despedazarle la pijama. Su pasión era tal que hacía hervir agua entre las manos cuando amaba así, con ese amor verdadero, como un manantial de azufre. Se cuenta que en 1592 saltó más o menos unos nueve metros para abrazarse a un crucifijo que apretujó entre sus senos y que las otras monjas tuvieron que arrebatarle a la fuerza para poder besarlas ellas también..., con muy distintas intenciones.

Es más saludable fornicar.

Hoy, inmersos en una sociedad pintada de sexo de los pies a la cabeza, dirá el lector que nada de esto sucede. Se sorprenderá al saber que la idea de postergar el placer y procurar que el amor sea puro y legal sigue tan viva como hace quinientos años. Los reglamentos de algunas universidades americanas, recuerda el historiador Paul Johnson siguiendo un erotismo de código de policía de las feministas, exigen que cada acto del juego amoroso sea consensuado. Entiéndase lo que significa *cada acto*: quitar una camisa de treinta y seis botones, de las que parecen un chaleco de torero, implicaría preguntar treinta y seis veces si se quiere hacer el amor:

“Botón A-1 (ubicado en el cuello):

—¿Quieres hacer el amor?—¡Sí! [Respuesta afirmativa. Seguir con el procedimiento].

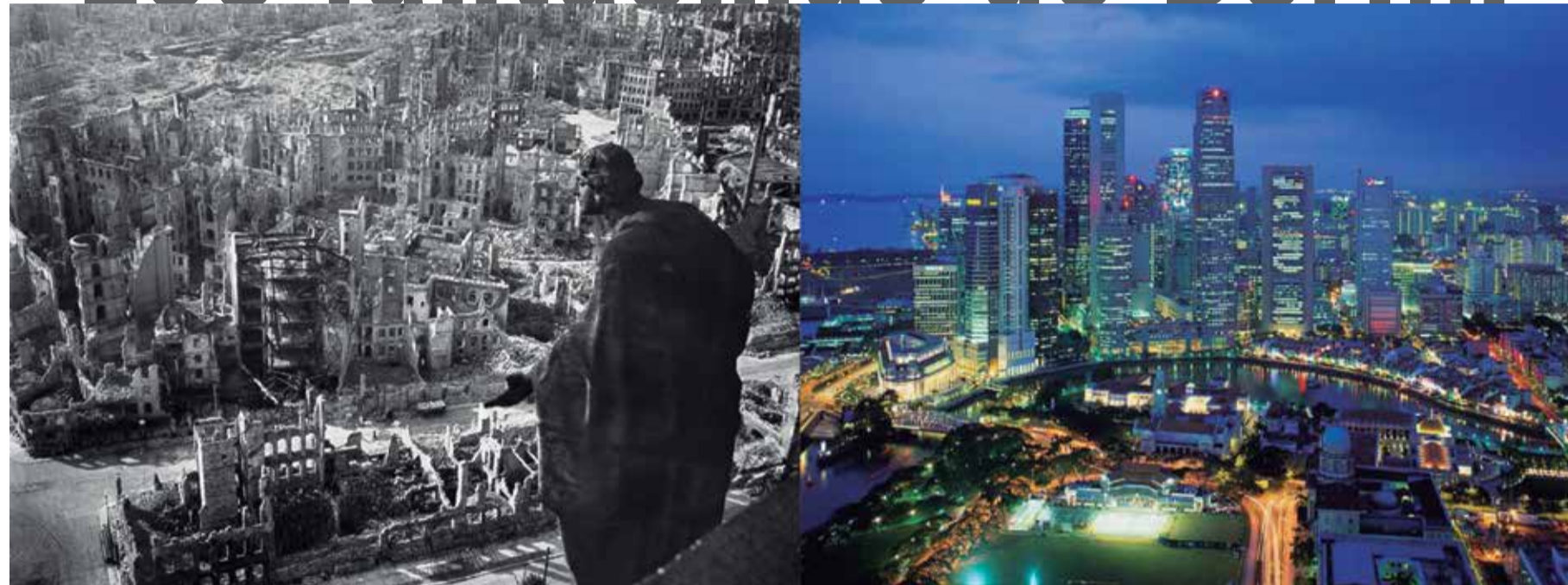
Botón A-2 (correspondiente al anverso de la segunda vértebra):

—¿Quieres hacer el amor? —¡Qué Sí!”

Etcétera.

Pero la Iglesia no había hecho tan mal su trabajo: sabía que si prohibía debía dar alguna golosina. Las feministas nos deben justamente eso: un bebé de madera que hable, un prepucio sacro que nos podamos meter en la boca mientras desabotonamos un sostén o al menos... al menos el absurdo de que tres personas son una y una son tres, un engendro al que nos podamos volver devotos cuando el libido nos haga saltar más o menos unos nueve metros. UC

Los fantasmas de Berlín



por JUAN ESTEBAN CONSTAÍN

Dicen que Berlín es la nueva capital cultural de Europa, como en su momento lo fueron Londres o París, e incluso, a principios de los años noventa del siglo pasado, Barcelona. Y sí: llega uno al aeropuerto de Tegel, si es que viene en avión —sobrevolando bosques y parques y ríos hasta aterrizar en el noroeste de la ciudad, muy cerca del centro—, o llega en tren a la estación central, Hauptbahnhof, y por todas partes hay carteles de conciertos y exposiciones y lanzamientos y ferias y cosas por hacer. Por donde uno entre, por la ruta que elija y hacia donde coja, la ciudad es un hervidero. Aun en el invierno, la gente, abrigada y con manos temblorosas, se detiene frente a los vendedores callejeros de salchichas, se quita los guantes, compra una salchicha o dos, y sigue su camino hacia Schöneberg, Neukölln, hacia Mitte o Spandau; barrios en los que la historia de la ciudad despunta en cada placa o cada plaza o cada estatua, y se funde con la actualidad y la alimenta, en una síntesis muy poderosa entre el pasado glorioso y trágico y este presente agitado y colorido con el que Berlín quiere, de alguna manera, exorcizar sus fantasmas y sus cicatrices. Domesticarlos.

Pero esas cicatrices y fantasmas están allí, en las puertas, en las paredes. Agujeros de balas y de guerras. El rastro de lo que Berlín ha sido a lo largo de su historia, sobre todo en la modernidad: incendios, soldados, sabios, abismos. Hay una palabra en alemán, *geist*, que significa “fantasma”, pero también “espíritu”. Espíritu en el sentido metafísico y popular de las apariciones, y al mismo tiempo en el sentido noble, filosófico, del alma de las cosas: el espíritu de la lengua, el espíritu de los tiempos,

y así... Ese es el espíritu de Berlín: las sombras del pasado que aún lo pueblan y lo definen, su manera de ser. Sus fantasmas son su alma.

Por eso no es extraño que una de las primeras cosas, si no la primera, que busca el viajero cuando llega a Berlín sea el famoso, derruido y simbólico Muro de Berlín, del cual no queda nada en pie. O bueno, sí, unos fragmentos apenas, casi detritos. Y en uno de los pocos sitios en los que sobreviven pedazos de esa frontera que hoy nos parece inconcebible, como de una época remota aunque fue hace tan poco tiempo, los artistas han intervenido el Muro, haciendo de él una especie de obra al viento, un manifiesto. Con eso se estrella el viajero que llega a Berlín y pregunta por el Muro: con la sombra de su ausencia, para decirlo de manera muy pomposa; con sus huellas que se van difuminando. ¿Por qué? ¿Cómo es posible que los berlineses no quieran conservar ese símbolo de su historia reciente, aterrador y alucinante, como salido de una novela? Bueno, pues es comprensible. En la pregunta está la respuesta. Esa pared separó la vida de esa ciudad que siempre había sido una, escindiendo también la vida de su gente. Amigos y familias quedaron de un lado y de otro; como si se pudiera cavar —y se pudo, eso es lo absurdo— la caverna platónica en medio de un pueblo, para que cada una de las nuevas mitades se acostumbrara a pensar en la otra solo con la imaginación y la nostalgia, viendo su sombra. Así vivieron los berlineses durante los años del Muro, y se entiende que al tumbarlo, un día de gracia y heroísmo de 1989, quisieran hacerlo piedra a piedra hasta que no quedara ninguna. Así, en menos de dos años, esa cortina de concreto fue

cayéndose a pedazos; incluso quienes la habían levantado, o sus herederos en la burocracia, pretendieron lucrarse de sus despojos al venderlos como recuerdos turísticos. Pero ni siquiera ese negocio les funcionó a los comunistas: el mundo estaba inundado de trocitos del Muro de Berlín, y ya nadie sabía cuáles eran apócrifos y cuáles no. Ni siquiera los que se vendían en Bogotá en 1990, en el mercado de las pulgas de la tercera, eran de fiar.

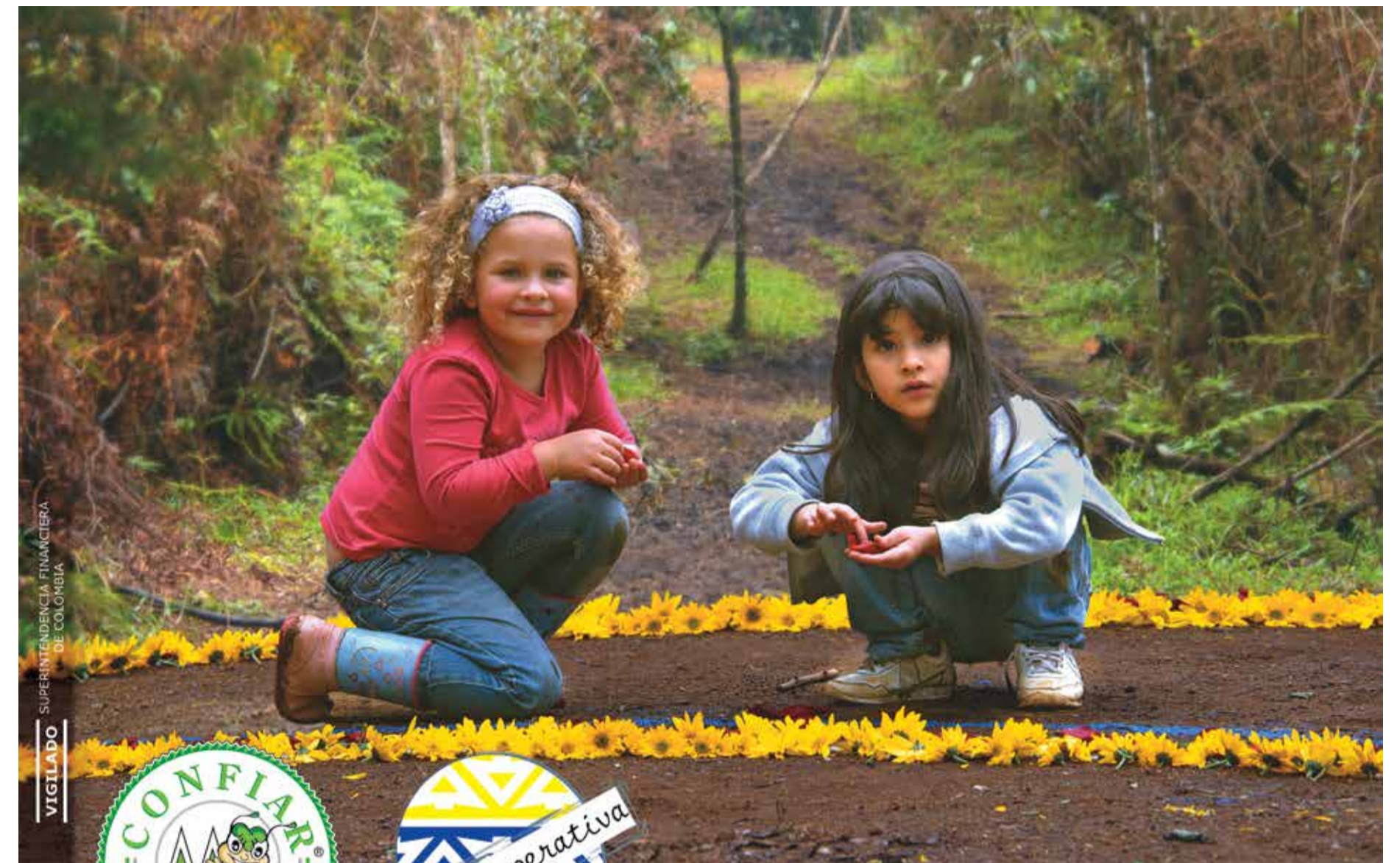
Es comprensible que los berlineses quisieran reencontrarse pronto tras la caída del Muro que los separó por veintiocho años, sin considerar la voracidad fetichista de los turistas por ver y tocar el símbolo de una tragedia que era de todos los días, no solo de las vacaciones. Por eso no quedó ninguna piedra, porque, más que una demolición, fue un exorcismo. Lo curioso es que ese afán por desterrar el pasado y sus recuerdos infames a veces lo hace más visible y presente, más elocuente. Veinticuatro años después de la reunificación alemana —cuatro años menos de los que el Muro estuvo en pie— muchos dirán que ya no queda nada de esa diferencia entre las “dos Berlines”, la misma que fue uno de los sellos de la Guerra Fría. Muchos dirán que ambos mundos han vuelto a ser lo que fueron siempre: un mismo pueblo en un mismo lugar. Sin embargo, quedan los fantasmas de esa partición delirante que al principio nadie pensó que sería posible, ni tan infame, y que luego nadie, ni siquiera sus víctimas, creyó que acabaría. Quedan los fantasmas, el *geist*. En algunos barrios, en algunas estaciones de metro, en algunos edificios, incluso en algunas personas.

Pero la unificación trajo como consecuencia la recuperación de Berlín, su

floreamiento otra vez, como en el siglo XIX, cuando era un centro académico, político y diplomático; solo que ahora tiene los bríos de una ciudad más abierta y ecléctica, donde la obsesión por el mundo contemporáneo no es un discurso sino una realidad. Por eso no es algo que se proclame o se imponga, sino que se vive sin ningún aspavento. En los buses, en las calles, en los bares, Berlín es la nueva capital de Europa. De muchos turcos, de muchos artistas, de muchos homosexuales, de mucha gente. Y todos conviven allí y la hacen posible.

En medio de un esplendor cultural que salta por todas partes, y que va desde el Museo de Pérgamo hasta el mercado popular en Tiergarten, desde la calle de las embajadas hasta el Museo de la Tecnología, pasando por cientos de galerías y restaurantes y centros de arte y salas de conciertos y el Reichstag y los parques y los ríos que atraviesan la ciudad, está el Museo Judío. Ideado por Daniel Libeskind, el museo es en sí mismo un dispositivo de la memoria, más allá de la colección que alberga. Su estructura de laberinto asfixia al visitante en una escalofriante evocación de los campos de exterminio, y hay una estancia que es solo un salón frío y gris, como aquellos en los que pasaban sus noches y visperas quienes luego iban para los hornos crematorios. Allí adentro se oyen los pasos de quienes se arrastran arriba, en otro salón, sobre unos pedazos circulares de aluminio que parecen ser las caras de muchas otras víctimas anónimas.

Berlín ha sobrevivido a todo, y ese es su principal encanto. Cada una de sus cicatrices es el recuerdo de una infamia y un llamado a que no se repitan jamás. El viajero busca los fantasmas de la ciudad, y no es raro que regrese cautivado por su alma. ☹



Ahorro y crédito con solidaridad para el bien vivir

Línea Confiable 4441020 • www.confiar.coop



UNIVERSIDAD EAFIT
Abierta al mundo

ESPECIALIZACIÓN EN Gerencia del Desarrollo Humano (virtual)

Snies 91262



INSCRIPCIONES ABIERTAS

Informes: Mery Gallego Franco | Coordinadora del programa
Email: mgallego@eafit.edu.co

POSGRADOS www.eafit.edu.co/posgrados

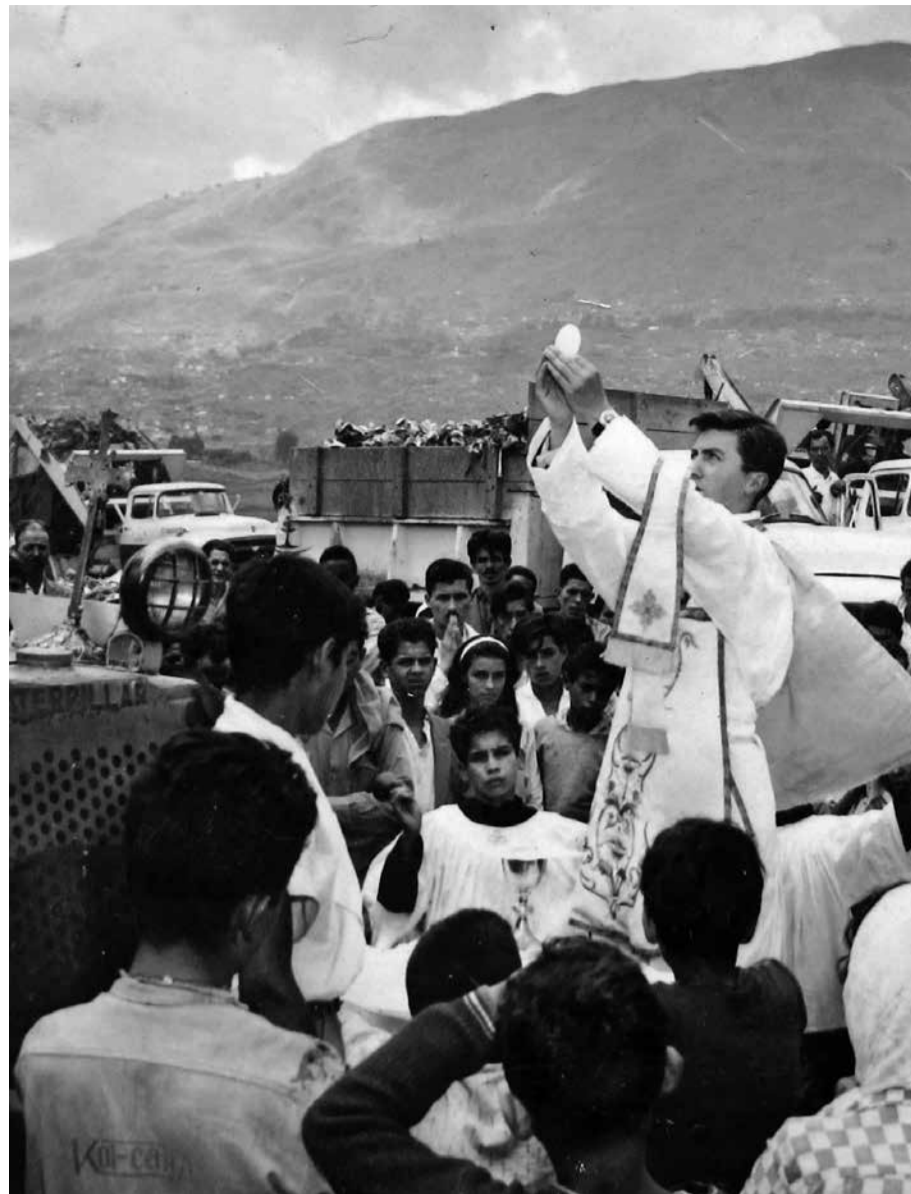
Vicente Mejía fue un cura de armas tomar y desarmado. Predicó en los tiempos en que Domingo Laín, Manuel Pérez y Camilo Torres dejaron los hábitos para ir al monte en busca de soluciones heroicas y cruentas. Trabajó con los basureros y los tugurianos de la ciudad, levantó la hostia en la tierra más profana, y defendió los ranchos de lata y cartón con el “Dios te salve María”. Fervor de Medellín.

Vicente Mejía

El sacerdote que levantó a Medellín

Sacerdote, predicador del dios de la basura, protagonista de las jornadas disidentes de Medellín en 1968, fundador de asentamientos ilegales, organizador de movimientos de base y agitador revolucionario, Vicente Mejía Espinosa fue uno de los más destacados dirigentes de las luchas populares urbanas en Colombia entre 1960 y 1980. Perseguido y amenazado por la curia y el gobierno, salió del país e inició un prolongado exilio en 1979. Tras su partida contrajo matrimonio, abandonó el sacerdocio católico y se convirtió en pastor protestante para continuar su apostolado entre inmigrantes, indígenas y habitantes urbanos de Ecuador, Estados Unidos y Uruguay. Como muchos hombres y mujeres de América Latina, su testimonio profético emana de la participación directa y decidida en las luchas populares.

Hijo de Vicente Mejía Echeverri y Berenice Espinosa Muñoz, el pequeño Vicente (Fredonia, Antioquia, 1932) creció en una familia religiosa y conservadora conformada por seis hermanos. El padre, un notable pueblerino, comerciante y funcionario público, estudió con los jesuitas; y la madre, ama de casa, hija de propietarios de fincas cafeteras, también fue educada por religiosas en Medellín. En su infancia fue acogido y acompañó a los curas y monjas misioneras en sus correrías por



Eucaristía en el basurero de Medellín celebrada por Vicente Mejía. 1964.

las zonas rurales. Como parte de una familia católica, inmerso en el ambiente de fanatismo religioso propio de la época, fue testigo de los primeros asesinatos y venganzas que presagiaban el inicio de la confrontación sectaria entre conservadores y liberales. A los trece años ingresó al Seminario Menor en Medellín. Poco después, en 1948, su familia fue víctima de extorción por parte de los liberales y decidió instalarse también en la ciudad.

Confirmada su vocación sacerdotal, cursó tres años de filosofía y cuatro años de teología. Aunque fue un estudiante “del montón”, aprobó los exámenes y realizó los rituales correspondientes hasta ser ordenado presbítero por el arzobispo de Medellín Tulio Botero Salazar, en 1958. Su primera designación fue como coadjutor en la parroquia de Armenia Mantequilla donde, según su testimonio, llegó con la sotana nueva y la tonsura

a la vista, como un brujo, “chorreando óleo”. El sacerdote recién ordenado hacía misa, bautizaba y confesaba, pero también visitaba la gente y hacía romerías cuando cobraba los diezmos de las cosechas o el levante de ganado, recibía las cargas o los animales y agradecía a cada feligrés por ser “el más católico” del lugar. A finales de los años cincuenta las zonas campesinas estaban atravesadas por la violencia sectaria y el bandillaje social, de manera que fue testigo de masacres y tuvo que hacer funerales masivos. En muchos sentidos el cura era un actor central en la política del medio rural, con una autoridad que emanaba del mundo sagrado de los rituales de la vida cotidiana, pero al mismo tiempo estaba profundamente comprometido con el poder de las élites locales y las relaciones de dominación.

La experiencia en la organización social y la propaganda evangélica la obtuvo más tarde, como vicario cooperador del municipio de Yolombó, donde fue enviado por el arzobispo en septiembre de 1960. Allí la experiencia del cura rural cobró un nuevo sentido en el contexto de los planes del Vaticano de emprender una nueva misión de la Iglesia en América para enfrentar la amenaza del comunismo. En Yolombó, Vicente participó en los programas de reforma agraria y de “rehabilitación” adelantados por el Estado en las zonas de conflicto, que incluían la organización de las comunidades en juntas de acción comunal, cooperativas de producción y abastecimiento, junto a la promoción de las escuelas radiofónicas que la Iglesia había desarrollado con éxito como método pastoral. Su aprendizaje llegó a su punto más alto en 1962, durante la Gran Misión de Medellín que movilizó a centenares de sacerdotes y misioneros de Colombia y de España, quienes introdujeron nuevos estilos de sacerdocio y compromiso con las comunidades. En la vereda La Floresta de Yolombó, además del púlpito, el cura tenía una emisora en la que combinaba efectivamente los temas religiosos, los anuncios dirigidos a los problemas cotidianos de la gente y



por ÓSCAR CALVO ISAZA*

la convocatoria para participar en la organización comunitaria. A eso le sumaba la distribución de cartillas agrícolas, manuales de organización de la comunidad y el periódico católico *El Campesino*, que circulaban como apoyo para las tareas de alfabetización.

Esos primeros años de sacerdocio entre el campesinado resultaron decisivos. Vicente fue nombrado vicario a cargo del barrio Villa del Socorro de Medellín en 1963. Este era un barrio “modelo” construido por la Fundación Casitas de la Providencia, en el nororiente de Medellín, donde habían sido trasladados a la fuerza los habitantes de los tugurios del Centro de la ciudad. Las élites políticas, económicas y religiosas que dirigían la fundación planearon el barrio como un espacio de educación y rehabilitación moral de los inmigrantes pobres, los recicladores de basura y los destechados. De acuerdo con el modelo verificado antes en los patronatos industriales, un sacerdote, en este caso Vicente, debía regir el comportamiento de la gente, asegurando por medio de la moral católica una integración no conflictiva en la vida urbana. Al principio lideró el esfuerzo comunitario para construir un templo denominado San Martín de Porres y encontrar donaciones y asistencia para los tugurianos a través de Caritas y otras instituciones de caridad. Sin embargo, en el curso de un año, Vicente se distanció del papel pastoral asignado y empezó a comprender de otra forma su lugar en la comunidad.

Una influencia decisiva fue Germán Guzmán Campos, sacerdote y sociólogo, autor principal del libro *La Violencia en Colombia*, cuya lectura estremeció al vicario y contribuyó a formar su visión crítica de la realidad social. Guzmán estuvo en Villa del Socorro acompañando a Mejía en la celebración de la Semana Santa, no está claro si en 1963 o en 1964. A su lado vivió una clara transformación pues, al parecer, Guzmán incluyó en los actos litúrgicos escenificaciones e interpretaciones novedosas sobre el significado revolucionario de la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo: “Él predicó, le explicó al pueblo sus deberes y sus derechos, y la gente se enloqueció. A mí me acabó de abrir los ojos y yo dije ‘pero qué fenómeno!’. En ese momento habló de Camilo por primera vez”. De la mano de Guzmán viajó a Bogotá para conocer a Camilo Torres Restrepo, con quien se reunió en la Escuela Superior de Administración Pública. Camilo prometió visitar Villa del Socorro en un viaje próximo a Medellín, pero ese encuentro nunca se concretó.

Un día Mejía escuchó las palabras del jesuita Alejandro del Corro, fundador en Chile del Servicio del Trabajo del Hogar de Cristo, quien había llegado a la ciudad para fomentar la organización de cooperativas de recicladores. Del Corro decía que los pobladores podían salir de la pobreza a través de la basura. El vicario de Villa del Socorro aprendió así, de manera intuitiva, la importancia de vincular a las organizaciones económicas populares, en este caso las cooperativas de reciclaje, con la organización y la movilización política entre los tugurianos: “Yo fui llevado por los habitantes

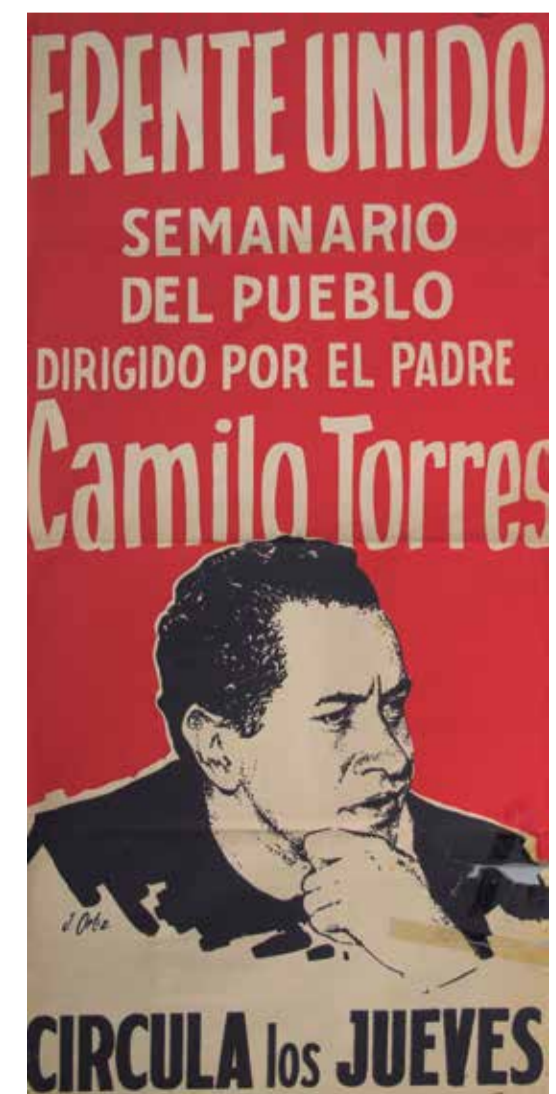
del barrio Villa del Socorro al basural. Fue el primer lugar de trabajo, observé todo, la metodología de recolección de subproductos de la basura, cómo la gente reciclaba el cartón, el papel, la chatarra, la comida, escogían la mejor comida podrida de la ciudad, de restaurantes y de los domicilios. La gente reciclaba la comida y a la gallina la llamaban gumarra. A la gumarra cocida le tocaban el buche, ‘el buche y pluma’, y si la veían gordita se quedaba para consumir en ese mismo día. Tenían sus fongoncitos para almorzar en tarros y la gente comía de la basura: fruta podrida, naranjas podridas, banano podrido”. Con algunos de estos pobladores el cura ensayó otra dimensión de su apostolado, una nueva liturgia que escenificó a campo abierto en el basurero de Medellín durante la procesión de la Virgen del Carmen, patrona de los recicladores, en julio de 1964. Junto a los camiones de basura, sobre cartones y desperdicios, con una sotana impecable y la hostia levantada al cielo, comenzó a hablar a los recicladores de un dios de la basura, de un Cristo pan y verbo encarnado en los presentes.

A principios de los años sesenta los tugurianos y otros inmigrantes pobres de diversos oficios, en lugar de esperar la providencial caridad, se confundieron con otras personas sin casa para fundar los nuevos asentamientos de El Popular, en el nororiente de Medellín. Cientos de personas habían llegado desde distintas partes de la ciudad para tomar unos terrenos deshabitados en la periferia. En los pliegues de las montañas, entre los matorrales, comenzaron a aparecer las primeras casas de palos y cartón. Los propietarios informaron de la situación y las autoridades se hicieron presentes para levantar las casetas y evitar la construcción de viviendas duraderas. Pero los invasores llamaron al cura y este llegó con su sotana para enfrentar a la policía, evitar el desalojo y abrir paso a los nuevos ocupantes. Hubo, al parecer, forcejeos, clamores y lágrimas, pero la situación llegó al clímax cuando el sacerdote subió a una roca, hizo en el aire la señal de la cruz con sus manos, y comenzó a gritar a los cuatro vientos algunas palabras sagradas, clamado una respuesta de la multitud. La gente comenzó a responderle a sus “Dios te salve María” con otros tantos “Santa María, madre de Dios”, y la oración común cobró la forma de un coro poderoso que siguió cincuenta veces hasta completar el rosario. “Todo el mundo empezó a cantar y la policía derrotada”, según el testimonio del padre Vicente. Federico Carrasquilla, primer párroco del barrio El Popular, dice que aquél “era el puro cura revolucionario que espantó a Medellín. Le hablaba a la gente a las mil maravillas. Tenía una sensibilidad bárbara. Y tenía un jeep y se pasaba recogiendo todo el día cosas para la gente. Él fue el que hizo todo el barrio y le decía a la gente: ‘Cuando venga la policía, llámenme’”. Así, en Medellín como en otros lugares del continente, los símbolos y los rituales católicos comenzaron a ser resignificados como parte de las estrategias de lucha y resistencia de los pobladores urbanos.

Su participación en la toma de terrenos urbanos y las liturgias heterodoxas comenzaron a preocupar a sus superiores, así que el obispo le ofreció la posibilidad de estudiar para distanciarlo de Villa del Socorro. Mejía llegó a París y no a Roma. Viajó en septiembre de 1964 e ingresó como oyente en el Institut D’Estudes Sociales del Institut Catholique de Paris, famoso en la época por ser uno de los espacios privilegiados para la formación del clero progresista. En 1965 obtuvo el diploma y adelantó una licenciatura en ciencias sociales que terminó en 1967, cuando pasó a estudiar un curso anual de desarrollo en el Institut International de Recherche et de Formation, Education et Development. Durante estos años leyó las obras de Mao, Marx y Marcuse con el filtro anticomunista de sus maestros y aprendió algunos rudimentos de las ciencias sociales aplicadas a los problemas del desarrollo en el Tercer Mundo. Concluyó sus estudios con una monografía titulada *La participación de las masas en la reforma agraria en Colombia*. Durante su estancia en París vivió la situación en América Latina a través de las noticias distantes sobre Camilo Torres, quien en marzo 1965, durante una reunión en Medellín, presentó una plataforma política y comenzó una intensa correría por diversas regiones del país. A mediados de ese año, y luego de un conflicto abierto con las autoridades eclesiales, Camilo fue reducido al estado laical. Coordinado con la dirigencia del recién creado Ejército de Liberación Nacional (ELN), Camilo Torres puso en marcha el periódico *Frente Unido*, reunió multitudes en las plazas públicas y buscó estructurar un movimiento político nacional. Sin embargo, por órdenes del comandante de esa organización guerrillera, Fabio Vásquez Castaño, abandonó impestivamente el proyecto político de masas y se sumó a las filas de la insurgencia en diciembre de 1965. Cuando Camilo cayó muerto en su primer combate en febrero de 1966, Vicente y otros estudiantes colombianos se tomaron por la fuerza el consulado en París exigiendo la entrega del cadáver que fue desaparecido por oficiales del Ejército en el departamento de Santander. La imagen de Camilo Torres, el sacerdote guerrillero, jugó un papel central en las definiciones políticas y en la imagen pública de Vicente como agitador revolucionario, pero a diferencia del cura bogotano, el levita antioqueño nunca se sumó como combatiente a las filas insurgentes.

Vicente regresó a Colombia a finales de 1967. En febrero de 1968 fue nombrado párroco del barrio Caribe, un lugar medular al norte de Medellín donde estaba en auge la creación de asentamientos populares construidos por el Estado, por urbanizadores ilegales o por la iniciativa y las luchas de los pobladores. En los primeros meses de 1968, otros dos sacerdotes que habían estudiado en Europa solicitaron su nombramiento en las nuevas parroquias de estos asentamientos: Federico Carrasquilla en el barrio El Popular y Gabriel Díaz en Santo Domingo Savio. Desde mediados de ese año, Vicente comenzó a ser investigado y perseguido por los organismos de inteligencia del Estado. Los primeros registros de inteligencia señalaron que Mejía y otros sacerdotes realizaban reuniones para difundir el programa del Frente Unido, organización liderada por Monseñor Germán Guzmán Campos, que se identificaba con la plataforma política que representó Camilo Torres poco antes de pasar a la clandestinidad. Los espías del gobierno observaron supuestos vínculos del levita con obreros maoístas del Partido Comunista de Colombia, cuyo brazo armado, el Ejército Popular de Liberación (EPL), había comenzado a operar en el noroeste del departamento de Antioquia.

Los seguimientos de los organismos de inteligencia se reactivaron tras un fracasado intento de desalojo de los tugurios en el sector de la Estación Villa. En el lugar, el alcalde y el secretario de gobierno encontraron los ranchos adornados con banderas de Colombia y a un grupo de tugurianos organizados, con el apoyo de sacerdotes, estudiantes y sindicalistas, que presentaba a Vicente como su vocero y llamaba a la organización de los destechados de toda





Vicente Mejía. Medellín, S. XX. Anónimo.

la ciudad para luchar contra los planes de erradicación. En Medellín esta movilización social se puso en contacto con las concepciones teológicas y pastorales planteadas en el Concilio Vaticano II, cuando en 1968 se realizó en la ciudad la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano. Como estaba ocurriendo por esos mismos días a propósito de la visita papal a Bogotá, donde las autoridades civiles y militares habían implementado un plan para recluir por unos días a los habitantes de la calle, en la capital antioqueña se quería desalojar los tugurios para maquillar la miseria urbana ante la visita de los obispos latinoamericanos y la prensa internacional. La policía, en estrecha colaboración con los cuerpos de inteligencia civil y militar, había trazado un operativo que apuntaba a desactivar cualquier intento de las organizaciones sociales o de los movimientos políticos disidentes para efectuar manifestaciones o distribuir propaganda contra el gobierno.

En las jornadas de Medellín, en agosto y septiembre de 1968, Vicente acompañó, junto a los dirigentes de sindicatos independientes, los estudiantes de varias universidades y la Central Nacional Provienda, la resistencia de los tugurianos contra la erradicación. Según los informes de inteligencia, Vicente planeó una manifestación de los tugurianos hacia el Seminario Mayor, sede de la II Conferencia, como una forma de poner en evidencia la miseria y la injusticia que habían sido acalladas durante la visita del Papa a Bogotá. Unas quinientas personas, en su mayoría tugurianos, marcharon desde barrio Caribe hasta el Seminario pero ningún jerarca católico los recibió y esa denuncia colectiva quedó en el olvido. En el coliseo de la ciudad se reunieron unas dos mil personas convocadas por los sindicatos independientes, en especial la católica Acción Sindical de Antioquia (ASA), para denunciar las políticas laborales del gobierno y enviar un mensaje a los obispos latinoamericanos. En un encendido discurso taquigrafado por periodistas extranjeros y espías

del gobierno, Vicente invocó el nombre de Camilo Torres en defensa de la gente sin techo, citó a Hélder Cámara para sostener que la revolución tendría lugar con la Iglesia o contra la Iglesia, e hizo un llamado a los obispos para comprometerse en las luchas del pueblo.

En diciembre de 1968, cincuenta sacerdotes celebraron una reunión en Buenaventura para discutir el impacto del Concilio Vaticano II y las conclusiones de Medellín. El grupo se denominó Golconda, en referencia al nombre de una finca donde se había celebrado una primera reunión, a mediados de ese año, para discutir la encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI. Sin embargo, la reunión de Buenaventura evidenció un rápido proceso de radicalización de los participantes, quienes produjeron el *Documento final del segundo encuentro del grupo sacerdotal de Golconda*, un manifiesto que hacía una interpretación revolucionaria de las conclusiones de Medellín. Según el testimonio de Vicente, además de los debates ideológicos, teológicos y políticos, en Buenaventura se trazó un plan de organización y se nombraron encargados de la dirección nacional y los responsables del movimiento en distintas regiones. El documento escandalizó a las élites colombianas de la época y en breve las jerarquías católicas amenazaron con amonestaciones, cambios de parroquias y otras sanciones a los sacerdotes firmantes. Entre 1968 y 1969 los mecanismos de coordinación del naciente movimiento quedaron rotos y solo un pequeño grupo, el más radicalizado políticamente, persistió en el movimiento. Entonces las figuras más visibles de Golconda fueron los curas Noel Olaya, Luis Currea, René García, Manuel Alzate y Vicente, acompañados de los sacerdotes españoles Carmelo García y Domingo Laín y la monja estadounidense Carol O'Flynn. Monseñor Gerardo Valencia Cano figuraba como la autoridad del movimiento, pero su participación fue contenida y ocasional.

Vicente participó en diversas protestas y actos de resistencia en

los primeros meses de 1969. Durante este periodo los informes de agentes de inteligencia del Estado sobre las actividades de Mejía fueron filtrados cotidianamente al arzobispo Tulio Botero Salazar. En febrero fue detenido por las autoridades por oponerse nuevamente al desalojo de tugurios en la Estación Villa, justo cuando comenzaba una "Semana Camilista" en el tercer aniversario de la muerte del cura guerrillero. En la Semana Santa los sacerdotes de Golconda realizaron las misas con discursos y canciones revolucionarias en Bogotá y Medellín. Tras la realización de los actos litúrgicos en una parroquia de Bogotá, Domingo Laín fue detenido y expulsado del país, de la misma forma que unos meses atrás habían sido expulsados sus dos compañeros residentes en Cartagena, los misioneros españoles Manuel Pérez y José Antonio Jiménez. En Medellín, el acto central convocado por Vicente fue el sermón de las siete palabras, que difundió en forma masiva a través de la radio y con la ayuda de los sindicatos independientes. En sus palabras ante la feligresía del barrio Caribe, el cura trasmuto la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo en un llamado a convertir el sufrimiento y la opresión en una fuerza revolucionaria para luchar por la salvación del pueblo. Este *Sermón de las Siete Palabras* fue publicado y distribuido con gran éxito por los sindicatos e inspiró el periódico *Siete*, que reunió a diferentes grupos de la izquierda revolucionaria en Medellín en los años siguientes. Pero también desató la ira de las élites locales y generó presiones para que el arzobispo amonestara a Mejía y a Gabriel Díaz, quien había organizado misas de protesta en Santo Domingo Savio. Botero Salazar ordenó cambiarlos a parroquias rurales, una decisión que fue resistida sin éxito por los curas con el apoyo de sus feligreses. Mejía fue nombrado vicario económico en la parroquia de Yolombó, el mismo pueblo donde había estado a principios de los sesenta. Sin embargo, esta vez su paso por la parroquia

terminó en pocas semanas por un conflicto con los notables locales, quienes lo acusaban de pertenecer a la guerrilla y de apoyar un paro cívico en la región. Rodeado en la iglesia del pueblo por simpatizantes y detractores, bajo amenazas de muerte, Vicente tuvo que regresar precipitadamente a Medellín escoltado por efectivos del ejército.

En octubre de 1969, René García, Manuel Alzate, Luis Currea y Vicente iniciaron una gira nacional en la Universidad del Valle y participaron en una manifestación en la Plaza de Caicedo para conmemorar la muerte del Che Guevara. Pero cuando los sacerdotes se desplazaban a Medellín para continuar la gira y participar en un evento en la Universidad de Antioquia, fueron detenidos por agentes de seguridad del Estado. En el mismo operativo, en otros lugares de Medellín, también arrestaron a una decena de líderes sindicales y populares por la sospecha de que tenían planeada una toma con tugurios en la recién inaugurada ciudad universitaria. Según algunos testimonios los levitas fueron golpeados por agentes de inteligencia, lo que generó polémica en la prensa nacional y un debate en el Senado. A finales de noviembre fueron liberados. Poco después fueron trasladados y exonerados de sus tareas pastorales, al mismo tiempo que Carmelo García y Carol O'Flynn eran expulsados de Colombia. La corta vida de Golconda estuvo marcada por una dura represión y por tensiones entre facciones más o menos proclives a la violencia como método revolucionario. Entre tanto, Domingo Laín, Manuel Pérez y José Antonio Jiménez regresaron clandestinamente a Colombia para incorporarse a las filas del ELN.

A pesar de pertenecer al sector más radical de Golconda, Vicente no abandonó el sacerdocio pero quedó sin cargo eclesiástico. Quiso vivir de su propio trabajo y se convirtió en reciclador de basura. En este trabajo el cura harapiendo y basuriego obtuvo alguna celebridad pública y el aplauso de las señoras caritativas de la ciudad, pero sobre todo adquirió experiencia sobre el proceso de reciclaje y se ganó la admiración de sus compañeros de oficio. Hombres y mujeres enseñaban al cura a trabajar con el cartón, el papel, los plásticos, los frascos y los huesos que dejaban los camiones, a organizar los materiales en bultos y llevarlos para la venta a las bodegas. Con el tiempo, el cura dejó el trabajo manual y comenzó a trazar la obra social a la que se dedicaría durante los años setenta: la creación de organizaciones económicas populares de los recicladores y tugurianos de Medellín. Rehabilitado por el arzobispo hacia 1973, pudo dar misa de nuevo y pasó a ser uno de los ayudantes del párroco en La América, sector de clase media en el occidente de Medellín. Allí arrendó un local en donde comenzó a funcionar la Corporación Social de Solidaridad con los Tugurianos, un proyecto de cooperativa de recicladores y una cooperativa de materiales de construcción. Allí también conoció a la ingeniera química argentina María Teresa Louys, quien fue asistente personal y asesora técnica en los proyectos. La cooperativa de reciclaje llegó a reunir cientos de trabajadores, a construir bodegas con maquinaria, tener vehículos de transporte y canales de distribución entre las industrias. La cooperativa de producción de materiales tenía como epicentro el tejedor La Margarita, pero este proyecto no logró funcionar bien por la precariedad de la maquinaria. La Corporación contó con el apoyo de fundaciones ecuménicas europeas, especialmente de Suecia,

que facilitaron parte de la financiación —también se vincularon algunos empresarios y políticos locales— para formación de las cooperativas, la adquisición de maquinaria, el pago de locales y salarios. Vicente viajó a Suecia, donde recibió una calurosa acogida y obtuvo los fondos para el desarrollo de sus proyectos. Las cooperativas eran el complemento de un trabajo político permanente, más silencioso, adelantado entre los tugurianos y los ocupantes de tierra en Medellín. Desde finales de los sesenta, Vicente había participado decididamente en la conformación de juntas directivas, luego denominados comités populares, que servían como organizaciones de base independientes de las juntas comunales controladas por los partidos tradicionales. Estas organizaciones, influidas de forma decisiva por la izquierda revolucionaria, jugaron un papel central en la toma de terrenos y en la formación de nuevos asentamientos en diversos puntos de la ciudad, como los barrios Camilo Torres, Fidel Castro y Lenin, por solo citar algunos nombres.

A mediados de los setenta comenzaron a surgir conflictos entre los tugurianos por el empleo de los recursos de las cooperativas, pero también por diferencias políticas entre sectores de la izquierda revolucionaria, cuyos miembros participaban en los proyectos. Hacia 1978 estos conflictos se agravaron por incendios, al parecer provocados por agentes de seguridad del Estado, que destruyeron instalaciones y equipos de la cooperativa de recicladores. En ese mismo año, la situación para el trabajo de Vicente se volvió más compleja con la promulgación del Estatuto de Seguridad Nacional y la elección de Alfonso López Trujillo como nuevo arzobispo coadjutor de Medellín. Si con el Estatuto de Seguridad los militares adquirieron mayor poder y se multiplicaron las detenciones arbitrarias, las torturas y las desapariciones en diferentes lugares del país, con la llegada a Medellín del líder del sector más conservador de la Iglesia latinoamericana se profundizó la purga contra los sectores progresistas del clero. En 1979, Vicente y María Teresa Louys quedaron envueltos en una trama por la posesión de un arma de fuego y por esconder a un guerrillero. Advertidos de que eran perseguidos por la inteligencia del Estado y de que su detención por los militares era inminente, decidieron salir de Medellín hacia Cali, y de allí hacia Ecuador a través de un paso fronterizo selvático. En Ecuador, la pareja decidió casarse y Vicente abandonó el sacerdocio católico. En Medellín, la fuga de la pareja fue aprovechada por las élites locales y los sectores inconformes entre los tugurianos para difundir la idea de que Mejía se había fugado con su amante y robado el dinero de los proyectos de cooperación sueca destinados a los pobres. Vicente acepta que hubo problemas en la administración de los recursos y la ejecución de los programas por la inexperiencia empresarial de los recicladores y algunos errores propios, pero niega categóricamente la apropiación de dineros, una afirmación que atribuye a la propaganda militar para atacar su integridad moral en la defensa de los desposeídos.

En los años ochenta Vicente y María Teresa iniciaron un prolongado exilio que los llevó a Perú, México, Francia, Bélgica, Estados Unidos, Guatemala, Uruguay y Ecuador. Hace poco, después de tres décadas de exilio, Vicente Mejía, el cura que escandalizó a Medellín, regresó al país. ☪

*Profesor de la Universidad de Antioquia



Vicente Mejía fotografiado por Óscar Calvo en Ibarra, Ecuador. 2012.

De México llegó la joya de la corona

Años antes de regresar victoriosa de México, la tarea de doña Teresa había empezado escurriendo y desenterrando de las casas de Medellín las extraviadas obras de arte que en algún tiempo fueron el Museo. Corría la década del cuarenta del pasado siglo y lo único que quedaba de la institución eran recuerdos de su nombre en la memoria de unos tantos. Además de una bodega llena de cosas que pocos sabían cómo se había llenado y por qué seguían guardando.

Para abrir y revivir esa tumba de óleos, objetos y polvo, doña Teresa Santamaría de González no estuvo sola. La Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín la acompañó, y le entregó mil dólares americanos con la idea de comprar más obras para la colección del Museo que tenían en la cabeza.

Doña Teresa emprendió un viaje a México, país en el que, dicen algunos, conoció a Diego Rivera y Frida Kahlo, de quienes, como dicen otros, se hizo amiga. De él sería la obra que la pared de entrada del Museo exhibiría. Aunque la Sociedad de Mejoras Públicas esperaba, por ese mismo dinero, un número mayor de obras, así su procedencia fuera más humilde, ella prefirió una sola, pero mítica. La compra, como quedó registrada en los archivos del Museo, se hizo a Alberto Misrahi, galerista de Diego Rivera, con ayuda de la Embajada de Colombia en México, con el fin de agilizar el envío. Cuando "El despertar del indio a la civilización" llegó, fue, durante mucho tiempo, la joya de la corona de la colección. Su ubicación era privilegiada y su fama desbordada.

Años más tarde, México ofreció comprar nuevamente la pieza: el único boceto de estudio que hace falta de un mural de Diego Rivera. Pero la joya de la corona no se le vende a nadie.

¡Conoce esta obra en la Sala Sur, segundo piso del Museo!

MUSEO D ANTIOQUIA

www.museodeantioquia.co

f @museodantioquia



Ver, Pensar y Hacer

TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ

Calle 11A N° 43E-5 · 3° piso · 301
Tel. 2 66 10 01 · Cel. 311 219 54 33

Cinemas Procinál
Desde nuestros cines, el cine se ve mejor

Somos una gran empresa Antioqueña con presencia en toda Colombia, comprometida con el desarrollo cultural y cinematográfico del país y del mundo entero deleitando a nuestro público con toda la riqueza del séptimo arte.

Encuétranos en:

- Aves María (Sabaneta) 7 salas
- Mayorca (Sabaneta) 7 salas
- Monterrey (Poblado) 5 salas
- Las Américas (La Mota) 3 salas
- Florida (Robledo) 7 salas
- Puerta del Norte (Bello) 4 salas
- San Nicolás (Rionegro) 5 salas

VIBRO SOUND
Primeros en Antioquia con sistema sensorial en la silletería.

-Apartado, Bogotá, Cartagena, Villavicencio y Barrancabermeja.

(4) 444 2244

El último viaje de Chavelito

por GUILLERMO ZULUAGA

Fotografías: Archivo familiar

Esta es la historia de un chico que recorrió mil kilómetros detrás de un equipo de fútbol y al final perdió su vida. Por ir tras el color de una camiseta dejó a su familia sin las pequeñas conquistas y los tachones en el cuaderno propios de los catorce años.

—Sabe qué, le voy a decir la verdad, mi niño pasó contento.

Dice Marleny González mientras apura un café en un local céntrico, donde sacó un rato de su tiempo como comerciante para recordar la vida de Juan Camilo Vélez, su hijo, quien hizo su último viaje el 5 de abril de 2014.

—Se me iba para todas partes. “Mamá, déjeme ser feliz”, me reprochaba cuando llegaba de los viajes.

Marleny tiene 39 años, es una mujer de estatura media, trigueña, y esconde su angustia detrás de unos lentes negros de marco grueso.

—Y yo lo dejaba ser feliz. Me acuerdo cuando me dijo que se iba a tatuar en el estómago y le contesté que si lo hacía le arrancaba la piel con un cuchillo. Se rayó: “Mi Poderoso DIM, Comuna 2”. ¡Pero qué voy a maltratar a mi muchacho!

Marleny habla siempre en presente de su hijo, a quien llamaban ‘Chavelito’. Su conversación es una mezcla donde las alegrías y las travesuras se funden con las angustias y la impotencia.

—Ah, al niño lo disfrutamos tan poquito.

Dice Marleny. O se le desgrana esa frase, y suspira hondo.

Hacia Ibagué

Primer sorbo de café. En los bafles suenan pasillos y tangos y se destapan las cervezas del arranque. Marleny cuenta que Juan Camilo fue buen estudiante, que ganaba menciones de honor y le colaboraba a los compañeros. Además, pese a su corta edad, insiste, ya iba a clases de natación en la U. de A. —donde un hermano suyo es profesor— y que en la Liga practicaba clavados.

Por herencia paterna Juan Camilo comenzó a profesarle amor al DIM desde muy chico.

—La primera vez que se nos perdió pusimos la denuncia. En la prensa salió y un tío, en Ibagué, le informó a la Policía de Infancia y allí lo encontraron.

Para ese entonces Chavelito recién cumplía nueve años y se lo entregaron a Bienestar Familiar. Sus padres hicieron los trámites para reclamarlo. Hubo regaños y anuncio de castigos, pero al parecer le quedó el gusto de los viajes y pronto pasó de la calurosa Ibagué a la fría Tunja y de allí a donde viajara El Poderoso.

—Yo lo mandaba a estudiar y él sacaba el bolso con su muda de ropa. Si el equipo jugaba domingo se iba el miércoles.

Para Marleny y Sergio, su padre, la vida se convirtió en una incertidumbre y cada que jugaba el Rojo sabían que la salida de Juan Camilo era cuestión de horas.

—Llegué al punto de amarrarlo. Se ponía agresivo, la policía iba porque decía que se iba a tirar por las ventanas.

Pasaron algunos viajes y Marleny comprendió que el caso era perdido, hasta

comenzó a ofrecerle plata para las excursiones, pero él no aceptaba.

—A veces nos llamaba y nos decía que le consignáramos para poder regresar. Yo le decía que no pero el papá sí le alcaheteaba.

Juan Camilo hizo sus viajes desatendiendo las obligaciones propias de su edad. Sus padres decidieron buscar ayuda y en 2012 estuvo en centros de rehabilitación donde le recetaron medicamentos psiquiátricos.

Para Marleny el tema se complicaba, pues el papá, de quien ya estaba divorciada, le reclamaba que estuviera más pendiente.

—Por cubrirle la espalda fui donde su prof y entonces le ponían talleres y dejaban que asistiera cuando pudiera, pero así y todo él rendía mucho.

Su mamá no se explica en qué momento estudiaba si siempre se mantenía ocupado en la natación y jugando fútbol, y más tarde entregado al Medellín y a los viajes.

—Y era hincha de Falcao y ya nos decía que se iba para Brasil.

Dice Marleny y no cuesta creerle.

El último viaje

El sábado 15 de marzo Chavelito regresó a su casa en el barrio Acevedo. De nuevo los regaños: “Ponéte en nuestro lugar; mirá que nos enfermamos”.

Juan Camilo juró y juró que no más, que era el último. “Tranquila mamá”, le dijo a Marleny. Pero eso sí, que lo dejaran conocer el sitio donde había muerto ‘Ameo’, un colega de viajes y fiebres por el DIM.

El 4 de diciembre Juan Camilo y otros amigos se habían ido *pirateando* hasta la costa. A las dos de la mañana de ese mismo día Marleny recibió una llamada de su hijo, estaba en Bello y quería que le pagara un taxi para devolverse.

Juan Camilo se había regresado del peaje de Don Matías. Sus compañeritos siguieron pegados de una tractomula y al día siguiente se bajaron en Toluá a bañarse. Ameo se ahogó. —Camilo se conernó y fue al cementerio a decirle a la familia que él ayudaba. Él era así. Pasó diciembre y enero y él seguía inquieto por la muerte de su amiguito.

Por eso en marzo, cuando su madre lo invitó para el Chocó, donde vendía ropa y calzado a los mineros, él dijo que la acompañaba con la condición de regresar antes del 18 porque quería ir a ver al Medellín y de paso conocer el sitio donde se ahogó Ameo. A los amigos y al papá también les dijo que era el último viaje.

En el Chocó estuvo animado. Sin embargo, su corazón y su mente viajaban por regiones más expeditas.

El martes 18 de marzo salió de estudiar. Al mediodía llamó a la mamá que estaba comprando mercancía en el Centro, se comió la arepa con carne desmechada que ella le preparaba y descansó un rato. A las cuatro se fue con un amigo para la cancha, antes pasó por donde su madre y le pidió para una presa de pollo.

—Pídala en la tienda que yo pago ahora. Camilo no aceptó. Quería el dinero. Luego le dijo a la mamá que jugaría Play y ella con tal de verlo en la casa le dejó entrar a los amigos. A las nueve, cuando ella les dijo que apagaran el Play, Camilo salió y le dijo



que daría una vuelta por la cancha. Y salió. Esa noche Marleny casi no se duerme esperándolo, pero el chico no volvió.

—Sospeché y averigüé donde jugaba el Medellín. Le había escondido la cámara y el teléfono y por eso ni lo llamaba. Pero él lo había encontrado y se lo había llevado.

Luego, el papá de uno de sus amigos le confirmó a Marleny que se habían ido. A la mañana del miércoles le contó a Sergio, y él “se lo montó”.

—Pero qué hago, ¿lo pego de la pata de la cama, o qué?

Marleny comenzó a preguntar en los peajes y nada. Cuando supo que el DIM jugaba en Barranquilla hizo cálculos. “Vuelve el martes”, pensó. Y ocupó su mente en las ventas.

A las ocho de la noche del 20 de marzo Marleny estaba con Sergio cuando recibió una llamada donde les avisaban del accidente de Juan Camilo. A las nueve y media, después de intentar tomar un vuelo, salió con una hija para Montería.

Solo supo que fue un accidente en Planeta Rica. A las nueve de la mañana del viernes, cuando llegó a Montería, se enteró de la gravedad de los hechos. Juan Camilo iba en un camión, se había subido a la parte alta del contenedor y cuando se agachó a darle la mano a los compañeros una rama baja lo golpeó y lo tiró al pavimento. Los compañeros de viaje le contaron que le gritaban al conductor para que detuviera el carro pero él no escuchaba, y solo cuando paró en una báuscula los chicos pudieron bajarse y devolverse para intentar ayudarlo. Pero la Policía de Carreteras los retuvo. A Juan Camilo lo auxiliaron y en una ambulancia lo llevaron hasta Montería.

Cuando llegó Marleny recibió el parte médico: fracturas en las piernas, trauma encefálico..., y otros términos que no entendía muy bien. Para ajustar, Bienestar Familiar la culpaba por el supuesto descuido.

—Pero mire, uno ya no los puede reprender. A uno lo descontrolan. Uno no sabe qué hacer: si los castiga lo demandan...

Dice Marleny, se pregunta, se cuestiona y en sus palabras se nota la impotencia.

El viaje de Marleny

Cuando salió para Montería Marleny pensó que el viaje duraría una noche. Así lo pensó también Sergio, quien pidió permiso en su trabajo y salió al mediodía del viernes. Marleny le dijo que llevara la tarjeta de identidad de Juan Camilo y el papel del seguro para hacer la remisión ese día. Eso pensaba.

—Cuando llegué me maluqué. Se veía muy aporreado. Parecía un monstruo. Hinchado.

Los médicos le decían que estaba en estado crítico y que esa tarde le practicarían una traqueotomía.

—¿Cuándo terminen me lo llevo para Medellín?

A Marleny le explicaron que la cabeza de Juan Camilo estaba astillada como una cáscara de huevo y no lo podía sacar.

El viaje duró un mes. Desde ese viernes en la tarde comenzaron los días más largos de su vida. Fue como si se hospitalizara con él. Se enfermó de tanto tomar café y agua, y comía muy poco.

Las ayudas no alcanzaban, tenía que viajar hasta Caucasia por muchos medicamentos y se triplicaban los valores. Tuvo la fortuna de que un médico le llevaba almuerzo y unos hinchas del DIM, en Montería, estuvieron pendientes. La familia del papá también estuvo atenta.

—En el barrio hicieron recolectas para pañales. Su baño eran pañitos, cremas, medicinas escasas.

A pesar de los cuidados, Juan Camilo nunca reaccionó. A los quince días le tocó una mano a la mamá mientras ella le decía que lo perdonaba. “Y tú me perdonas, papí, nos uniremos más...”.

Marleny durmió en el piso por más de dos semanas. Sergio iba los fines de semana y se quedaba hasta domingo en la noche para que ella descansara. Y en ese plan estaba el 5 de abril.

El viaje definitivo

Era sábado y hacía calor. Cuando Sergio llegó Marleny le dijo que quería cerveza porque estaba cansada y andaba mal de los riñones.

Él le dijo que se fuera tranquila. Ella acarició y besó a Juan Camilo.

—Mirá —pensó— te daba pena que te besara al frente de los compañeritos pero acá te los doy todos. Te voy a disfrutar.

Marleny salió temblando. Sergio y ella tuvieron la sensación de que el niño se veía mal. Media hora después una enfermera le soltó una frase con sigilo: “Camilito tuvo un paro”.

Marleny le contó a una hermana por teléfono.

—Le dio un paro pero a mucha gente le da, ¿cierto?

—Camilito se nos fue —le confirmó la enfermera unos minutos después.

—¡Se me murió mi niño! —gritó Sergio.

El viaje de regreso

Desde el momento de su muerte Sergio y Marleny comenzaron a avisar, a esperar, a gestionar, a averiguar. El levantamiento se hizo el domingo a las ocho de la mañana pero además de ese trámite había que esperar el traslado.

—El niño estaba más allá de los 120 kilómetros que cubría la funeraria. Tuvimos que ponernos de acuerdo con las funerarias de allá y pagar un excedente.

Juan Camilo llegó a la sala de velación de Medellín el lunes a las ocho. Como estaba tan mal sus padres no lo dejaron ver. Y con la idea de verlo y despedirlo habían llegado doce buses con jóvenes de distintas ciudades.



—Su entierro fue extremadamente lindo: estuvo tan acompañado, —dice Marleny.

Tanta compañía la consuela un poco. Juan Camilo fue otro de los chicos muertos en las carreteras siguiendo a sus equipos. No hay datos oficiales, pero según LDS más de quince han muerto en los últimos dos años siguiendo a Nacional. Cifras de la RXN hablan de diez de los suyos en el mismo periodo.

Dos meses sin viajes

Marleny aún paga las deudas que le quedaron del tiempo que estuvo sin trabajar, y eso que hubo colectas, pues a los gastos se sumaron enfermedades.

—Ay papi si supiera en todo lo que nos metiste —dice Marleny y suspira.

—Han sido más duros estos dos meses sin él que los catorce años con sus travesuras... ¡Mejor tener la plagueta en casa!

La anima pensarlo. Se exalta cuando comienza a revivir las aventuras de su hijo. Ese que siempre se creyó grande.

—No tuvo adolescencia. Eso de irse era decisión de grande, de verraco: salir sin un peso y volver comido, con plata. Les daba ropa a los compañeritos. Tenía pelotas.

Juan Camilo pedía dinero y cuando ajustaba dos mil pesos compraba bolsas de agua y chicles; revendía y con eso ajustaba para la boleta. Hasta para invitar a un adulto a la boleta para que lo ingresara porque era menor de edad.

—¡Usted qué cree! Eso no lo hace un adulto.

Durante su estancia en Montería, Marleny grabó un mensaje donde invitaba a las madres de chicos hinchas a que no los reprendieran sino que los escucharan. También ante las cá-

maras invitó a los niños a disfrutar la vida: “Para qué se la tiran detrás de un equipo”.

—Cómo que pegaos de una mula, para qué son los televisores...

Cuenta que los amiguitos de Juan Camilo que estuvieron en el hospital no fueron capaces de tocarlo, les daba miedo.

—Imagínese, niños que de nuevo arriesgaron la vida por acompañarlo.

Marleny dice que sigue con su hijo. No asimila, ni acepta que no lo tiene. Pero también ha estado enferma.

—Estuve hospitalizada. Quedé muy mal. La depresión me afectó los riñones.

Sergio también ha estado inconsolable y según Marleny se ha emborrachado dos veces.

Contrario a lo pensado, durante estos meses de ausencia en la familia le han cogido más amor al fútbol. “Papi le vamos a sacar las banderas”, dicen las hermanas. Juan Camilo se volvió amuleto. Cuando empieza el partido y el juego se aprieta ellas le hablan: “Usted es el único que pude meter un gol”.

—Cuando él murió, al miércoles siguiente el Medellín ganó un partido en el último minuto.

Sus amiguitos se tatuaron una frase sencilla: “Camilito eterno”, y dicen que él está con ellos.

Marleny está muy agradecida por el apoyo que ha recibido. Y recuerda a Juan Camilo cuando regresaba de los viajes:

—Mijo pero es tu felicidad contra la seguridad, mire el peligro..., y la tranquilidad de la familia.

—¡Usted qué cree! Eso no lo hace un adulto.

El jueves 5 de junio se cumplieron dos meses sin los viajes de Juan Camilo y ese mismo día, Jenny Milena, su hermana mayor, cumplió 22 años. Solo quiso una misa. “No, para dónde me voy...”, con el niño muerto”, le contestó a la mamá. ☘

DICCIONARIO DE VICIOS

Bocanadas de Bocagrande

S abía que el tinto y el cigarrillo se la iban muy bien porque cuando estaba en séptimo grado, antes segundo de bachillerato, un profesor de español, que no era muy bueno que digamos, se fumaba de dos a tres cigarrillos por clase, uno de ellos acompañado de un tinto. Mientras hablaba, el humo le salía por la nariz y por la boca y aquello me parecía mágico. Era un colegio privado, perteneciente a la comunidad de los salesianos, que quedaba (y aún queda) al frente de las bóvedas, en Cartagena, y desde cuyas ventanas se veía el mar. Estudiaba gente de Bocagrande, de Castillo Grande, de Manga, del Cabrero, en fin, era un colegio que albergaba a cierta clase media cartagenera, llena de prejuicios, para la cual la gente de bien era la que pertenecía a su mismo estrato social, sin importar que fueran unos políticos compra votos, brutos y corruptos.

Así que tres años después, cuando empecé a fumar, lo hice teniendo en la mente la imagen de ese profesor, con el humo saliéndole por la nariz y por la boca, y tomando a sorbitos el tinto caliente. Para entonces estudiaba en un colegio oficial, ubicado en la avenida Pedro de Heredia, un colegio desde cuyos calados se veía la ciénaga de La Virgen, rodeada de casuchas miserables, barriadas en las que los políticos conseguían votos a cambio de unas cuantas láminas de Eternit, dinero en efectivo, botellas de ron Tres Esquinas (un ron que olía a alcohol Alelí y que los tomadores amansaban con agua de coco) o la promesa de que taparían los huecos de las calles, convertidos en verdaderos lodazales por efecto de las lluvias.

A diferencia del otro colegio, éste era un nido de revolucionarios que se enfrentaban a la policía con piedras e improperios, y gritaban vivas a la Revolución Cubana y al Che Guevara, y decían que el proletariado tarde o temprano se tomaría el poder y volvería papilla a la burguesía. Era cuestión de tiempo. Muy pronto me hice trotskista y gritaba en los mítines baldones contra los políticos, contra la policía y contra la burguesía. En una de las muchas manifestaciones de ese año, motivada quizá por la visita de algún duro del gobierno norteamericano o por la detención de un sindicalista o el asesinato de algún estudiante, nos tomamos el Centro Amurallado, la Ciudad Vieja. Habíamos salido del Castillo de San Felipe, el mismo que por un tiempo apareció en los billetes de cinco pesos, hoy objetos de colección, y cuando íbamos por la glorieta donde estaba ubicada la India Catalina un compañero, José Hilario López, que tenía un puesto de ropa en Basurto, gritó: "Abajo Turbay y su maldita abuela"; y de las ventanillas de los buses que habían quedado en medio del gentío, salieron puños amenazantes y se escucharon voces

que respondieron: "Abajo"; y otras que gritaron: "Licéistas hijueputas"; y carcajadas, muchas carcajadas.

Aprovechando la soledad de las tardes en la casa fumé mis primeros cigarrillos, no tan escondidos, ya que podía pasearme de aquí para allá, incluso sentarme debajo de un frondoso matarratón que había al frente. De esa manera adquirí la confianza necesaria para que fumar fuera algo normal, lo que me permitió, en pocas semanas, hacerlo delante de mi hermana mayor, que también fumaba, y de su esposo que era una verdadera chimenea. Nadie dijo nada. Los domingos en la tarde llegaban mis amigos Álvaro Álvarez y Juan Noriega, cada uno con su paquete de cigarrillos, y mi madre, diligente y humilde, nos preparaba un tinto mientras hablábamos de Vargas Vila; y mientras Álvaro nos contaba de los besos furtivos con su prima, bella, con esa frescura de la adolescencia, y de la decepción que sufrió el día que entró al baño justo cuando la prima acababa de abandonarlo y sintió ese olor a mierda fresca que persiste, contumaz, después de una buena cagada. Tuvieron que pasar muchos años para que aceptáramos que las mujeres bonitas vacían sus intestinos, que el olor de la mierda humana es universal, que huele lo mismo si se es sueco o somalí, bella o fea, y que el acto amoroso es un intercambio de fluidos corporales en el que no sólo están presentes la saliva y las lágrimas de la mujer amada.

Todos los sábados hacíamos reuniones, la mayoría de las veces en colegios o escuelas conseguidos para ese propósito durante la semana, diciendo cualquier mentira a la familia encargada de la vigilancia. En esas reuniones procuraba tener un paquete de cigarrillo Marlboro, que eran los cigarrillos que fumaba mi hermana y con los cuales me inicié, aunque en muy poco tiempo también incursioné en el Pielroja sin filtro, imitando con ello a los compañeros y compañeras de la universidad, estudiantes de medicina, economía, derecho, enfermería, etc., entre las cuales se encontraba Judith Pinedo, que llegó a ser alcaldesa de Cartagena. Se daban discusiones que hoy me parecen tontas, en las que se intentaba definir la naturaleza del movimiento estudiantil y su papel en la historia, si éramos unos simples catalizadores de las contradicciones sociales o si por el contrario éramos algo más y podíamos algún día tomarnos el poder. Nuestro grupo, a diferencia de los M.L. (Marxistas Leninistas) hacía énfasis en la formación teórica, teníamos una amplia bibliografía, aunque lo que me fascinaba era leer a Marx y un libro de Engles, el Anti-Dühring.

Mi entrada en el mundo del cigarrillo fue simultánea con el descubrimiento de los libros; libros que de alguna

manera estaban por fuera de la ley y que teníamos que forrar con papel de regalo para no llamar la atención de la policía. Por ser algo casi ilegal, clandestino, el libro, y la lectura, tenían un significado especial. En los descansos fumábamos y nos leíamos párrafos de alguna obra de Marx, disfrutábamos la elegancia de sus frases: "Los dioses de Grecia un día heridos en el Prometeo encadenado de Esquilo hubieron de morir otra vez cómicamente en los coloquios de Luciano". Frases que repetíamos en las clases de filosofía y que sirvieron para que personajes como José Hilario López bautizara a los compañeros: Mao, Carlos Marx, Nikitin..., aunque lo común era que los seudónimos se los colocara uno mismo. Por ejemplo, había un muchacho que se hacía llamar Mandel, como el trotskista belga, y usaba unas botas ecuatorianas, feas, pero que en esos años era el distintivo de los revolucionarios. Siempre parecía malgeniado y le gustaba arengar como si estuviera regañando o echando cantaleta.



por LÍDERMAN VÁSQUEZ

Ilustración: Cachorro

Algunos profesores nos ofrecían cigarrillos en los descansos. Todo tan natural, tan sencillo como pasarle a alguien la bolsa de papitas mientras se conversa de cualquier cosa.

Aquella imagen del profesor botando humo por la nariz y por la boca se fue desvaneciendo con los meses y fue remplazada por la del mundo salvaje, montaraz, el mundo de los comerciales de Marlboro, o por la del pistolero del oeste que atraviesa una calle polvorienta con un cigarrillo en la comisura de los labios y un ojo medio cerrado por efecto del humo, atento al más mínimo movimiento. Con esta última estampa salía de mi casa, quince años recién cumplidos, el cabello húmedo, el cigarrillo precariamente sostenido en los labios y un ojo medio cerrado. Y podías fumar en los buses y nadie decía nada, en los descansos, entrando o saliendo del colegio. Después del almuerzo lo correcto era fumar un cigarrillo y saborear un tinto entre bocanada y bocanada. Fumar fue un descubrimiento maravilloso como besar, pajearse y leer a Marx. ☪



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

KIM, LA RUBIA DE ORO

Al protector de pantalla de mi computador lo adorna el bello rostro de Kim Novak, una de mis divas platonícas mayores. Con suave sonrisa, parece invitarme a entrar a mi correo, en busca de esa ansiada carta que no llega. Pero yo sé esperar, confío en ella.

La conocí dos veces en una misma tarde, gracias a aquellos matines dobles de la época. En la primera, una comedia de nombre impronunciable, *Phfft* (sic), estuvo muy bien acompañada por Jack Lemmon y Judy Holiday; aún no era protagonista, pero lo fue dos horas después en *La casa 322*, un excelente *thriller* de Phil Karlson que la lanzó ya para siempre al estrellato. Una tarde magnífica de cine, y un primer encuentro más que feliz.

De ahí en adelante, la carrera de Kim se limitó a confirmar su aura de primera figura, con filmes casi siempre estupendos: *El hombre del brazo de oro* (Preminger), *Picnic* (Joshua Logan), *Medianoche pasional* (Delbert Mann), *Servidumbre humana* (Ken Hughes), y, "last but not least", *Bésame tonto*, quizás la película más sicalíptica de Billy Wilder.

Pero le hubiera bastado *Vértigo* para ser siempre recordada y admirada. Llegó a esa cinta, niña de los ojos de los chicos de la *Nouvelle vague*, casi por azar, pues Hitchcock quería como protagonista a la hermosa Vera Miles, y, de hecho, concibió el guion pensando en ella. Sabemos que la actriz no aceptó el papel porque estaba embarazada, y la productora no podía o no quería esperar (dígase a manera de paréntesis que la Miles trabajó al fin con Hitchcock, en *Psicosis*, aunque ya en un rol secundario). Volviendo a *Vértigo*, el director se vio obligado a aceptar a Kim, quien no era para nada objeto de sus simpatías. Una buena baza del destino, pues no se concibe a *Vértigo* sin Kim Novak. Y, así fuera a disgusto, Hitchcock supo descubrir en ella el aura inquietante y misteriosa que la historia requería. No contento con ello, se dio el lujo (en uno de los momentos más memorables del filme) de que Kim se desnudara para James Stewart sin quitarse un solo hilo de su vestido. Ella no lo sabe, pero cuando se desnudó para Stewart lo hizo también para mí.

P.D. Llegó por fin la anhelada carta, y trajo buenas noticias. Gracias, Kim.

CODA

Muchas y justas cosas se dijeron a raíz de la muerte de Rodrigo Saldarriaga. Pero nadie mencionó, creo, su libro *Tercer timbre*, tal vez porque tuvo muy corta difusión. Es un libro precioso, las memorias de un hombre de teatro infatigable, que era a la vez un magnífico escritor. En fin, un texto que apasiona. Ojalá alguna editorial se decidiera a relanzarlo; la Fiesta del Libro está *ad portas*. ☪

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

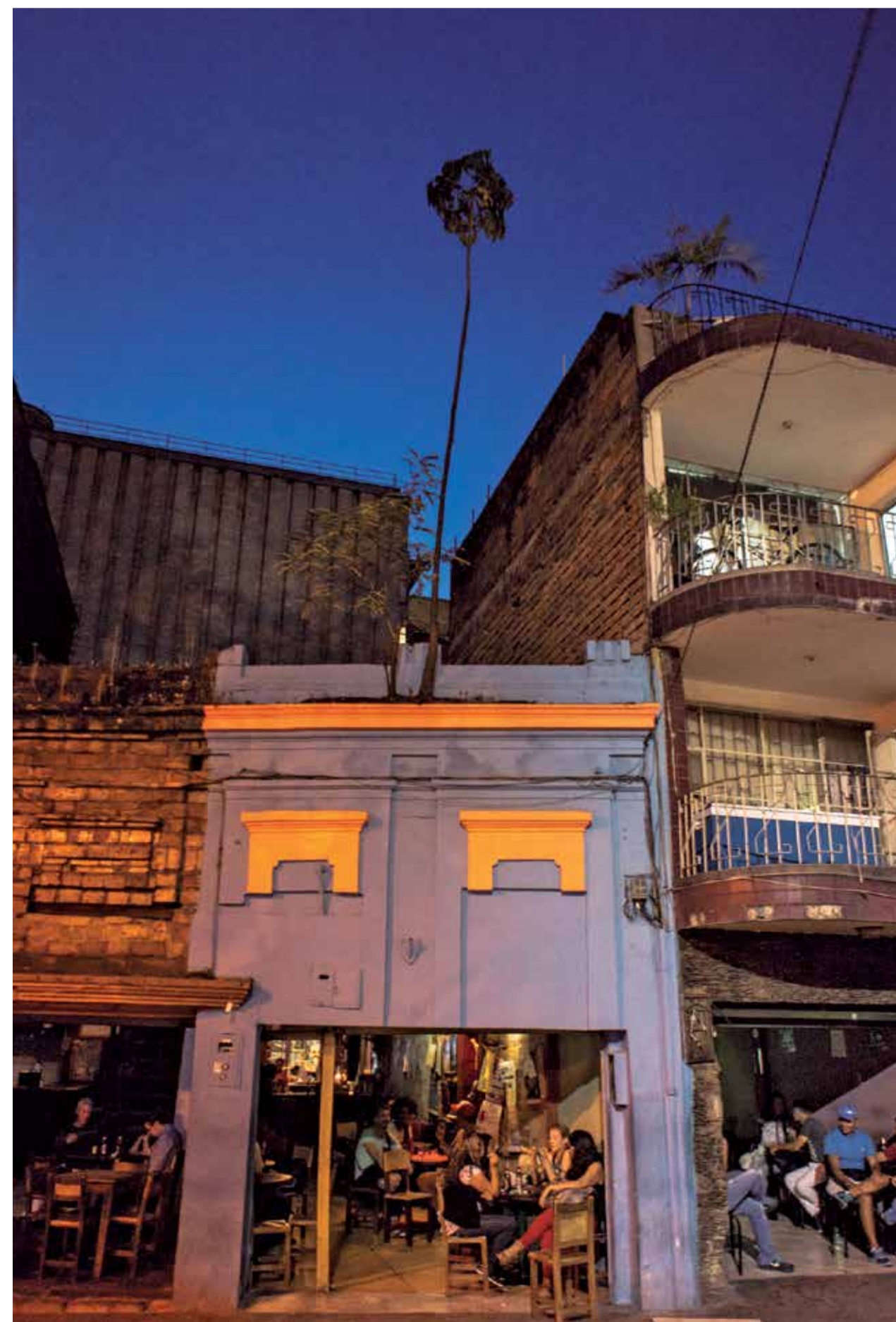
Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



QUE LO DIGA ELLA

por GUILLERMO CARDONA

Fotografías: Juan Fernando Ospina



¿Cuántos años tiene? Nadie lo sabe. Algunos creen haberla visto desde hace once, doce años, en su atalaya del bar El Guanábano, posesionada del Parque del Periodista, por encima del mundanal ruido y de las vicisitudes económicas y románticas que desfilan por ese pequeño hábitat donde los humanos encuentran múltiples formas de perder el tiempo entre fumarolas.

Y cada que la miran aquellos que por un segundo dejan de ser desprevenidos transeúntes, la ven más alta de lo que esperaban o de lo que recordaban sus ojos engañosos. Y todos se sorprenden del carbonero que luce a su lado como un recién llegado pero que, en esas condiciones de cultivo, estilo bonsái, de raíces superficiales, perfectamente podría ser más viejo. Pero, entonces, ¿por qué creció tanto su compañera de cornisa?

Como sea, las personas se dieron cuenta de que ella existía cuando ya resaltaba airosa y esbelta a simple vista, con su único y largo cuello de cisne o de jirafa y su penacho de hojas —como cualquiera otra loquita despelucada del parque—, flaca y larga, en equilibrio con la geometría euclidiana y con la gravitación universal, con la relatividad general y hasta con la teoría de cuerdas (por su permanente estado vibracional); vale decir, en perfecta armonía con el cosmos y la vida, muy posesionada de su papel en las alturas.

Ahora, ¿cómo llegó allá? No es una de esas privilegiadas nacidas en almacigo y luego trasplantadas entre mimos y cuidados de biólogos, ingenieros forestales y jardineros, que oportunamente bañan sus axilas con fungicidas y que, cada tanto, le espolvorean los delicados pies con químicos y abonos como si fuera Mexsana. Nunca nadie se ha ocupado de los dedos mustios de sus pies, a ras de techo, para echarles así sea por encima unos granitos de nitrato o de cloruro de potasio. Y a nadie le ha importado que también le guste el manganeso y el magnesio.

No. Ella no es de esas privilegiadas por la siembra y el abono. ¡La hubieran puesto en una parte más cómoda!

Lo cierto es que ella jamás ha dependido de los hombres. No se le han acercado nunca. Y así está bien. Porque el día que la toquen, con seguridad será para dañarla. Contrario a lo que hizo la Mona Uribe, cantinera del bar, que desde que la vio parada en la fachada del bar la puso a trabajar de planta, como emblema y estandarte.

Mas, contra todos los desafíos, contra todos los pronósticos, ahí está, sin una mano intrépida que la subiera ni otra caritativa que le arrancara las hojas secas, y claro, sin recibir jamás el rocío vaporizador de alguna pócima o tóxico que la librara del asedio de tantas cochinillas, mariquitas y pulgones como frecuentan el parque.

Y pese a que muy adentro de su ser debe sentir como una debilidad esa pertinaz ansia por la urea, también debe agradecerle al carácter casual de la existencia el haberla puesto tan arriba del instinto mingitorio de los bebedores de cerveza.

Y se le dice *ella* así sea también *él*, lo cual no le produce traumas ni complejos, porque el género, además de un accidente gramatical, es una dudosa apariencia, una vestimenta o un disfraz, y en el reino vegetal la posibilidad de nacer es tan incierta que cada planta puede ser a la vez novia, rival y consorte, sin pedirle permiso al señor Procurador.

Se trata de una dama del bosque agreste y salvaje que llegó del sudeste asiático, como inmigrante glamurosa en busca de jardines y prados recién cortados y sistemas de riego con aspersores automáticos, aunque en ciertas regiones de Australia y los Estados Unidos se le considera plaga invasora.

Eso hablando de las grandes migraciones de las familias y las especies a través de mares y continentes, porque lo que es la semilla de la Chaflera que nos ocupa, ya como individuo único e irrepetible, vino a parar ahí vaya a saberse desde dónde y cuándo, aunque sí nos es dable imaginar el cómo: a lo mejor entreverada con arrozos y maíces y restos de otros bichos, en el buche de tórtola o paloma. Luego, cagada en el punto exacto y geodésico que marca el centro del arquitrabe, la semilla o el esqueje echó raíces y pelos absorbentes, y en un cordoncito de cemento estrecho como el filo de un machete, nuestra aguerrida Chaflera encontró cobijo, alimento y humedad suficientes para hacer su vida, rodeada de algunos edificios que le sirvieron de gafas de sol en los veranos más duros y de cortavientos en las más fuertes tormentas.

De esos primeros tiempos, obvio, nadie se acuerda, porque entonces nadie la había visto y era otra hojita más por allá, entre tantas que despuntan en esos lugares expuestos al sol y al agua; una criatura que se abrió paso y fue creciendo como la habitante de calle que es, sin que nadie le parara bolas ni le tomara fotos, sin que nadie le admirara la estirada del tallo, sin que nadie le celebrara el brote sucesivo de los peciolos, la verduza de sus hojas, el milagro de su primer pedúnculo floral.

Algo que a ella la tiene perfectamente sin cuidado. Ahí está su nicho y a ella le vale huevo la prohibición de la trashumancia de semillas no certificadas que pregonan Monsanto y su compañía bastante limitada.

Y si ella sigue viva es justamente porque los inspectores y los picapleitos y los que piden papeles y patentes, por la naturaleza de su oficio, vale decir, por superficialidad y ligereza, les queda (si se me permite la expresión), muy de pa arriba mirar pa arriba, hacia el infinito, hacia el cielo, adonde sólo miran los soñadores y los poetas y donde no hay forma de sacarle provecho a los bienes terrenales.

Y justamente por allá, por el cielo, se pasea ella, con su copepe amarillento en medio del follaje, cinco metros más arriba de donde arranca el tallo que es a unos tres metros del piso, parada en las puntas de los pies sobre esa estrecha cornisa, en equilibrio sobre el abismo, como una bailarina en la oscuridad. ☺

De quién estamos hablando

Nombre común: Chaflera

Nombre científico: *Schefflera actinophylla*

Pertenece a la familia de las Araliáceas y es originaria de las zonas tropicales de Taiwán, Nueva Zelanda y Asia sudoriental.

Características: Las hojas son de forma palmeada, brillantes y de color verde oscuro. Se amarillean por el exceso de sol, previo a su caída.

Flores bastante pequeñas, reunidas en racimos, de color verdoso.

Los arbustos, árboles o lianas entrelazadas de la chaflera, pueden alcanzar 7-8 metros de altura.



Libros con sabor
Té, café, libros, regalos,
repostería fina, sánduches,
sopas y ensaladas.
Estaremos en la
Fiesta del libro.

Calle 53 # 64 a 27
Barrio Carlos E
Restrepo
Tel. 2301836

EXLIBRIS café libros repostería



BROWNIE MEXICANO / Chocolate

Kaldi
Kaffe

Planetario de Medellín
entrada principal
Tel: 263 2511

Carlos E Restrepo
calle 53 # 64A 31
tel: 260 1355

panadería natural, cafés de origen.



Construimos marca y reputación digital

desde
creación de
páginas web,
posicionamiento,
redes sociales,
hablar con los
posibles clientes,
hasta
lograr ventas!

WWW.COHETE.NET

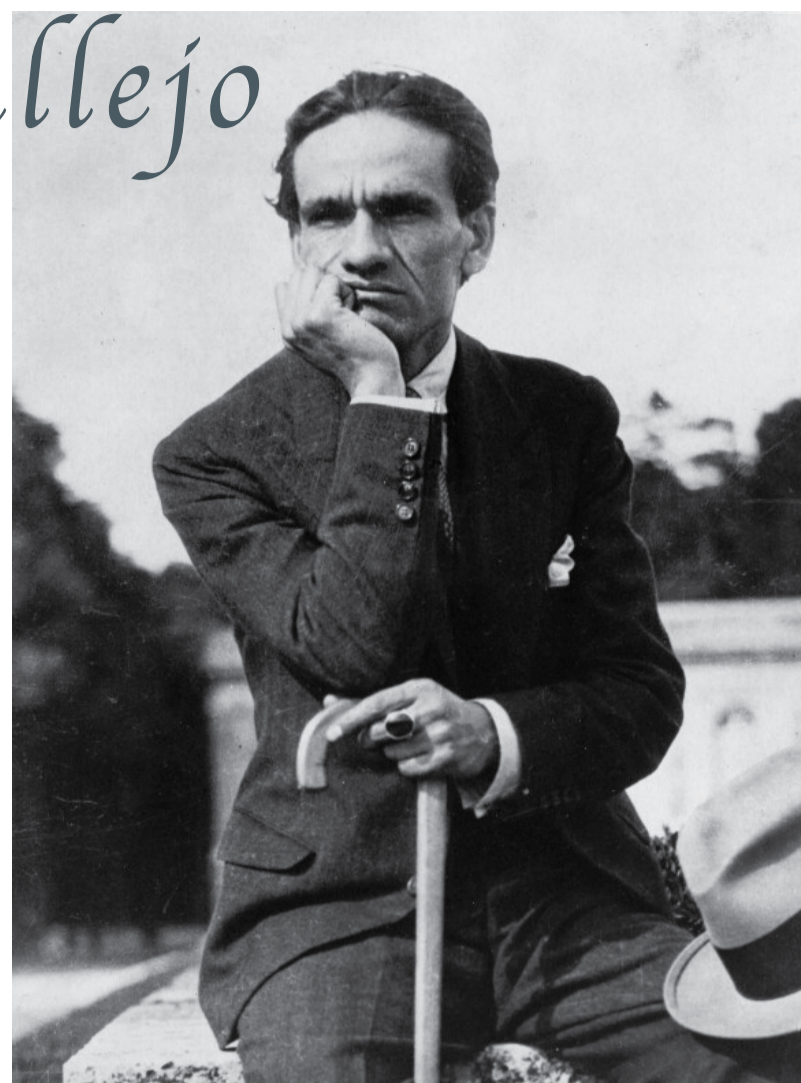


El Túnel
Café y Cocina

Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536

César Vallejo

por CARLOS MANUEL ÁLVAREZ



*Junto a la puerta estaba parado
César Vallejo.
Magro, cetrino, casi hierático,
me pareció un árbol deshojado.
Ciro Alegría.*



París recibe cada año veintiséis millones de visitas. El pasado 15 de abril, seguramente algún turista extraviado desvió su camino, pagó unos euros o unos francos de más, y después de visitar el Barrio Latino, la cúpula blanca de la basílica del Sacré Coeur o la leyenda finisecular del Moulin Rouge, dirigió sus pasos —sus lánguidos pasos— hacia el cementerio de Montparnasse. Ya en el lugar leyó el epitafio de Gergette: “He nevado para que duermas”.

Todo lo que el visitante haya hecho después, toda la secuencia posterior, se antoja tristemente conmovedora. Si soltó algunas lágrimas o no. Si viró la espalda y echó a correr o si en cambio encendió un cigarrillo y fumó con displicencia encima de la tumba. Si dejó un soneto o un simple mensaje. Si no dejó nada y se mantuvo en el más inquebrantable silencio. Si tomó fotos u ofreció alguna. Hace setenta y seis años —el turista lo sabe— murió César Vallejo, poesía construida a navajazos.

Como símbolo ha quedado un fulminante primer plano donde Vallejo medita con sumo interés, sentado encima de una tumba—posiblemente encima de la suya—, vestido con un elegante traje negro, con el codo de la mano derecha apoyado en un bastón, la cabeza a su vez apoyada en la palma de la mano, el sombrero de la época encima de la rodilla izquierda, la mirada de andino dolorosamente perdida. Y ya ahí, en ese mínimo y último instante, no se puede saber si está mirando hacia el pasado o hacia el futuro, si está viendo lo que nadie más ha podido ver o si sencillamente está esperando el acta de defunción.

El 13 de julio de 1923, procedente de Perú, luego de veintiséis días en el mar a bordo del vapor Oroya, Vallejo llegó a París como deben llegar los poetas. No dominaba el idioma. No tenía amigos ni gozaba de influencias. Un cóndor viejo pernoctaba en sus ojos. En los bolsillos guardaba un águila de oro anudada a un pañuelo, y una moneda de quinientos soles. Hay ahí una señal. Quinientos soles —un manto inagotable de pobreza— fueron suficientes para escribir la poesía más poderosa de una época, los versos más subversivos de un idioma.

No revaloricemos la poesía a partir del estereotipo del poeta hambriento y vagabundo, del escritor ajado *per se*, pero tampoco la tomemos como un estamento social. Para poetizar hay que perderse del mapa (no del geográfico, sí del legal), andar con quinientos soles en el bolsillo. Ese es su entrenamiento. Un céntimo más y estaremos cobrando por una labor que en la medida en que empieza a solventarnos, también empieza a morir. Lo que se logra desde quinientos soles luego resulta impagable, “cuesta una enorme cantidad de dinero ser pobre”. (Sospecha: el hombre ha puesto precio incluso a Picasso, a Goya, los ha colgado en la pared y ha extraído del óleo una cifra, pero no ha podido cosificar ningún poema importante. No podría privatizarlo, impedir la reproducción íntegra de su valor).

Vallejo decía que no era necesario leer mucho. Uno de los mayores hallazgos poéticos es ese que permite y precisa el desconocimiento de las tradiciones y las técnicas, pero que aún así las violenta, las hace prosperar hasta alturas no recomendables. Este método es un infalible detector de mentiras. Eficaz como un baile que no es baile o una música que no es música. Pintar sin noción clara de la perspectiva o el volumen y finalmente acertar.

Sabiduría muscular, desligada del conocimiento; ciencia que no es dato, que no es ecuación ni historia. La poesía es también el único arte esencialmente divorciado de cualquier enseñanza, por eso es el animal más raro y puro, y el muro contra el que más mentecatos se estrellan. No importa cuánto merodeen o se encumbren, ningún farsante se arropa demasiado tiempo en la piel de la palabra. La estufa se prende para los embusteros.

Hay tres arquetipos modernos. Uno es Rimbaud, el poeta precoz que infiere y desaparece. Otro es Mallarmé, que opera el verbo, lo disecciona desde una experiencia previa: la lectura de todas las cosas dichas y por decir. Otro sería Pavese, que se suicida en 1950, mirando fijamente, en un cuarto de hotel, los ojos de Constance Dowling. Básicamente estos tres filtros —la fuga juvenil, la consagración monástica al lenguaje y la locura

física— destilan la poesía tal como la conocemos hoy. Si Martí, por ejemplo, que echó a correr, leyó como nadie, y fue un suicida ejemplar, agota todas las posibilidades, Vallejo, por su parte, no agota ni personifica ninguna. Vallejo es el único gran poeta de la lengua española que no siguió ninguna de las rutas contrahegemónicas de la modernidad.

No se parece a Darío y sí se parece en algo a Whitman y a Baudelaire, pero por providencia uno no puede afirmar con certeza que Vallejo le deba a alguien. Había un dolor, en su fisonomía andina, anterior a su edad, a su vasta erudición (no nos confundamos, leyó mucho), y al germen lunático que habita siempre en la miseria. La junta de su cuerpo estuvo reforzada con perfidia, sus músculos estuvieron revestidos de angustia. Dios mismo apretó las clavijas durante la composición biológica de Vallejo.

Trilce, digamos, ¿qué ubicación merece dentro de la historia más o menos encauzada de la literatura contemporánea? Ante *Trilce*, el resto de la vanguardia latinoamericana queda ridículamente reducida. *Fervor de Buenos Aires* se vuelve un soplo. Un libro progresista, como debió serlo *Altazor*, deja ver a cada paso su efectismo y su bulla. La sombra de *Trilce*, publicado en 1922, cubre el panorama inmediato como un pájaro altanero y egoísta. Girondo, tan chillón, parecerá luego un agitador de ferias.

Los únicos reductos que Vallejo perdona y deja con vida dentro de la vanguardia son la sencillez disimulada de Neruda y la musicalidad de Lorca. La nostalgia iniciática del Borges juvenil solo podrá ser salvada años después por el Borges adulto, que vuelve como un forajido a rescatar su pasado. Si colocamos la lupa sobre Europa, el cadáver exquisito y sus variantes nos parecerán procesos netamente conscientes, o de una inconsciencia estéril, para el caso lo mismo. *The Waste Land* es sin dudas un contrincante de mérito, aunque siempre en base a una diferencia: Eliot recrea un derrumbe y *Trilce* propone un florecimiento. No adánico, pero florecimiento al fin.

No hay mayor ejemplo de libertad creativa o de aniquilamiento orgánico

de un idioma dentro del período entreguerras que César Vallejo, escribiendo no desde París, sino desde una cárcel municipal en Trujillo, un lugar que todavía hoy nadie sabe dónde queda. Al concluir, Vallejo diría: “El libro ha nacido en el mayor vacío. Soy responsable de él. Asumo toda la responsabilidad de su estética (...) ¡Dios sabe cuánto he sufrido para que el ritmo no traspasara esa libertad y cayera en libertinaje! ¡Dios sabe hasta qué bordes espeluznantes me he asomado, colmado de miedo!...”

Llama poderosamente la atención que Thomas Merton haya proclamado a Vallejo como “el más grande poeta universal después de Dante”. No porque no lo sea, y no porque tales definiciones no sean infructuosas, sino porque Merton era estadounidense y Vallejo peruano. Ubiquemos los actores. Cuando Dante murió, ninguna cultura precolombina existía en la memoria del mundo conocido (el que hemos heredado), y Santiago de Chuco —la ciudad natal del poeta— no sería fundada hasta un par de siglos después.

Hay aquí otra señal, que lo hace más poeta y más inconcebible. Si observamos el escenario actual, cabría preguntarse desde qué espacio que no sea un espacio alternativo, tangencial, se legitima la cultura latinoamericana, no digamos ya la peruana, o la serrana. ¿Quién es, pues, César Vallejo? ¿Quién era cuando arribó a Europa el 13 de julio de 1923, para nunca volver? Tal vez un botín ni siquiera explicable por la diversidad, la esperanza o el destino que los latinoamericanos creemos merecer.

Si lo leemos temprano, los demás poetas parecerán luego menos de lo que en realidad son. Es como la sorpresa que el idioma nos tiene para el final. Un animal tembloroso que escribe de pie sobre las lindes, mojando la voz en la tinta de su sed.

Gergette, la esposa francesa, lo acompañó hasta las nueve y veinte de la mañana de aquel viernes santo otoñal. Era la oscura Europa de 1938. Meses después, Stalin volvía a traicionar. Franco ganaba en España. Hitler invadía Polonia. Un fortuito médico, el doctor Lejard, no supo que Vallejo estaba muy cansado. Diagnosticó un renovado paludismo. ☹

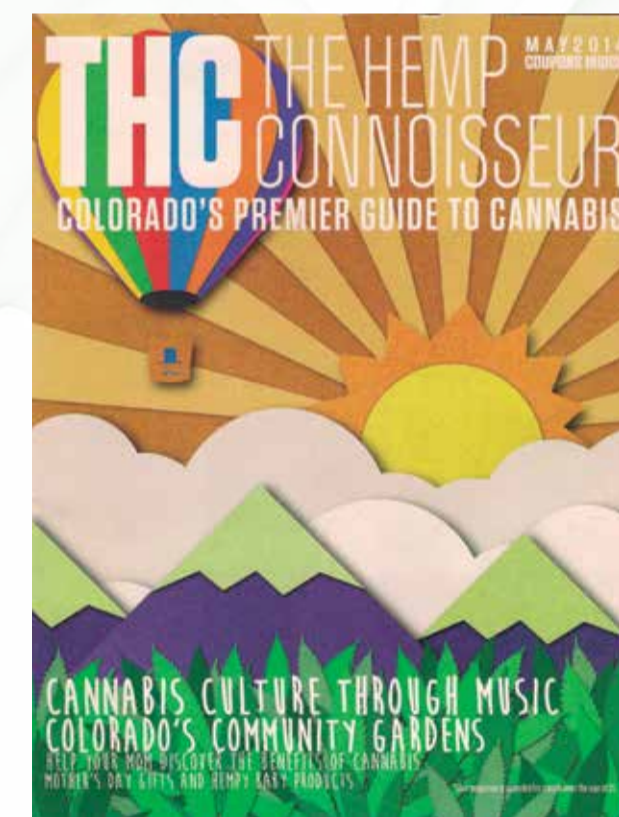
Todo legal

Denver, Colorado, comparte con Medellín asuntos esenciales que sorprenden. Similitudes que suelen hermanar algunas aglomeraciones. Las dos ciudades se encuentran a una milla sobre el nivel del mar, ambas deben al oro el motivo de su existencia, la prosperidad que levantó sus edificios y sus egos primitivos. En sus orígenes las dos basaron su economía en ofrecer servicios a los mineros locales, generando en uno y otro lugar un ciudadano con una psicología bastante particular.

Al enterarme de que el estado de Colorado había aprobado el uso recreativo del Cannabis me pareció que los dos días de camino que me separaban de Detroit no eran nada para un buscador de oro. Entonces me fui a buscar el oro verde de los “dispensarios”. Hay fiebres de fiebres.

Llegué a un pequeño pueblito en la frontera con Kansas convencido de que allí, ya en el glorioso Colorado, encontraría la preciosa veta; pero un simpático gringo de pequeños ojos enrojecidos me corrigió explicando que su licencia solo le permitía vender Cannabis a usuarios carnetizados para consumo medicinal. Mis torpes argumentos no fueron suficientes y de manera paternal me aconsejó que me moviera, pues aún estaba a un par de horas de Denver, donde me aseguró que podría comprar para fines recreativos el mejor producto en diversos dispensarios debidamente autorizados.

Llegué a Denver justo a tiempo. Por ley todos los dispensarios cierran a las siete de la noche. Inicialmente me pareció un poco misterioso el ritual: tomar un ficho de turno, mostrar a través de un vidrio blindado la identificación que certifique mayoría de edad y esperar la “cita” en una especie de consultorio odontológico. Las revistas para entretener a los pacientes fueron el primer relajante: todas hacían alusión a la inmensa subcultura que el Cannabis ha generado en Denver, allí comencé a enterarme de algunas cosas



por PEDRO VILLA

básicas. El horario limitado para la comercialización de la hierba es de 8:00 a.m. a 7:00 p.m. Hay distintos límites a la cantidad que se puede comprar: con identificación de Colorado hasta una onza, sin ella hasta un cuarto de onza, aunque se puede comprar varias veces al día y se puede ir de un dispensario a otro por toda la ciudad. No se puede fumar en lugares públicos, para eso existen clubs de fumadores, lugares donde llenando un formulario y pagando una membresía se puede comer, tomar, comprar y fumar variedades exclusivas generalmente sembradas con orgullo por el respectivo club. Un octavo de onza vale entre veinticinco y cincuenta dólares y equivale, más o menos, a tres barillos respetables.

Luego de esperar unos minutos me permitieron atravesar la puerta blindada y entrar al dispensario, allí terminó el misterio. Quedé en manos de una preciosa monita que, al igual que las mejores vendedoras paisas, comenzó a recomendarme diferentes tipos de Cannabis, de allí en adelante fue muy similar a comprar algo en una licorería.

Tal vez debido a las coincidencias geofísicas me sentí transportado a Medellín, las montañas, el color de la vegetación, un barrio igual a Laureles, otro igual a Manrique, ¡un bar igual al Guanábano! La gente es amable pero acelerada al manejar, claro, “el tiempo es oro”, ¿o sería más bien que el cuarto de onza de Blueberry que me vendió la monita estaba mejor de lo que esperaba? Volé una milla sobre el nivel de Denver.

Luego en otro dispensario tuve la oportunidad de hablar con un viejo activista, contó la dura lucha que dieron para lograr lo que hoy le agradecemos, y me dijo, con una enorme sonrisa que brillaba igual que su indumentaria de turista mochilero, que era muy refrescante ver que había venido desde tan lejos para gozar de esa pequeña libertad. Le respondí imitando su sonrisa: “No, lo que es muy refrescante es poder fumar un barillito sin ser tratado como un delincuente”. ☹

UNIVERSOCENTRO
CENTRO
BUSCA
asistente comercial
»» Escriba a universocentro@universocentro.com ««

Alemán Pues
—Restaurante & Cervecería—
Salchichas y cervezas alemanas
Cra 43B No. 11-76 Calle de La Buena Mesa
Tel: 268 44 20 - El Poblado

La tierra que rodea a Jerusalén ha tenido historias largas de vientos y tempestades. De dueños, ocupantes, inquilinos, usurpadores. Amos Oz, escritor judío nacido en Jerusalén en 1939, ha gastado toda su tinta para contar el recorrido de su familia por esas colinas de polvo. Aquí están algunas historias de la llegada, cuando aquello era una tierra de haciendas, galpones de prisioneros y barrios con las primeras huertas. Fragmento de *Una historia de amor y oscuridad*, Editorial Siruela, 2000.

Tierra de Oz

por AMOS OZ



En 1845 llegaron a Jerusalén, que estaba bajo el poder de los turcos otomanos, el cónsul británico James Finn y su compañera Elisabet Anne. Los dos sabían hebreo y el cónsul había escrito incluso sobre la historia del pueblo judío, con el que había simpatizado durante toda la vida. Formaba parte de la Asociación londinense de difusión del cristianismo entre los judíos, pero por lo que se sabe no se dedicaba en Jerusalén a una actividad misionera directa. El cónsul Finn y su compañera creían con fervor que la vuelta del pueblo judío a su patria anticiparía la redención del mundo. Muchas veces el cónsul defendió a los judíos de Jerusalén ante la conspiración de los gobernantes turcos. Asimismo, James Finn creía en la necesidad de iniciar "la productividad del pueblo judío" y les ayudó a prepararse para las tareas de construcción y a acostumbrarse al trabajo de la tierra. Para ello, en 1853 el cónsul adquirió, por 250 libras esterlinas, una colina pedregosa y desierta a unos cuantos kilómetros de la Jerusalén habitada intramuros, al noroeste de la Ciudad Vieja, un terreno deshabitado y sin cultivar que los árabes llamaban Kerem al-Jalil. James Finn tradujo el nombre al hebreo, Kerem Abraham, allí levantó su casa y la empresa Colonia Industrial, destinada a dar a los judíos pobres puestos de trabajo y a posibilitarles una vida productiva gracias a la artesanía y la agricultura. La finca ocupaba unos cuarenta dunam (que son unos diez acres). James y Elisabet Anne Finn levantaron su casa en la cima de la colina, y alrededor extendieron la explotación agrícola y construyeron los edificios destinados a la actividad artesanal. Las gruesas paredes de la casa de dos plantas eran de piedra tallada, con techos de estilo oriental, en forma de bóvedas de crucería. Detrás de la casa, y en el patio rodeado por un muro, excavaron pozos de agua y edificaron establos, un corral, un granero, almacenes, una bodega, un lagar y una almazara.

Unos doscientos judíos fueron empleados en la Colonia Industrial de la hacienda de Finn, encargados de desempedrar, vallar, plantar huertos, cultivar frutas y verduras, abrir una pequeña cantera y trabajos relacionados con la construcción. Con los años, tras la muerte del cónsul, su viuda fundó una fábrica de jabón y en ella trabajaron también obreros judíos. Muy cerca de Kerem Abraham, y casi por los mismos años, el misionero alemán Johan Ludwig Schneller, originario de Herping, en Wuttemberg, fundó una escuela para huérfanos árabes cristianos, refugiados de guerra y supervivientes de la matanza de cristianos en el Líbano. Era un gran terreno rodeado de muros de piedra. El orfanato sirio Schneller, al igual que la Colonia Industrial del cónsul y la cónsul Finn, se basaban en el deseo de procurar educación para una vida productiva artesanal y agrícola. Finn y Schneller, cada uno a su modo, eran cristianos devotos conmovidos por la pobreza, el sufrimiento y el atraso de los judíos y los árabes en Tierra Santa. Los dos pensaban que la preparación de los habitantes para una vida productiva, en la artesanía, la construcción y la agricultura, salvaría a "Oriente" de las garras del deterioro, la desesperación, la debilidad y la apatía. Tal vez esperarían también, cada uno a su modo, que su altruismo mostrara a judíos y musulmanes el camino hacia el seno del cristianismo.

Al pie de la hacienda Finn se fundó en 1920 el barrio de Kerem Abraham, cuyas pequeñas casas, pegadas unas a otras, fueron construidas entre la vegetación y los huertos de la hacienda y le fueron comiendo progresivamente el terreno. La casa del cónsul, por su parte, tras la muerte de la viuda, Elisabet Anne Finn, sufrió muchas transformaciones: primero se convirtió en una institución británica para jóvenes delincuentes, después fue un área gubernamental del gobierno inglés, y después una comandancia militar.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, el patio de la casa Finn fue cercado por una alta alambrada y oficiales italianos, prisioneros de guerra, fueron encarcelados en el edificio y en el patio de alrededor. Nosotros nos colábamos allí al atardecer para provocar a los prisioneros y burlarnos de ellos con muecas y gestos: *Bambino! Bambino! Buongiorno, bambino!*, nos gritaban los italianos con alegría, y nosotros les contestábamos: *Bambino! Bambino! Il duce morte! Finito il duce!* A veces les gritábamos: "¡Viva Pinocho!", y a través de las vallas y a través de los abismos de la lengua extranjera, la guerra y el fascismo, volvía siempre a nosotros, como la segunda parte de una antigua consigna, el grito: "¡Geppetto! ¡Geppetto! ¡Viva Geppetto!".

A cambio de los caramelos, los cacahuets, las naranjas y las galletas que les arrojábamos por encima de la alambrada, como a los monos en el zoológico, algunos nos daban sellos italianos o nos enseñaban de lejos fotografías familiares con mujeres sonrientes y niños muy pequeños momificados dentro de trajes, niños con corbata, niños con chaqueta, niños de nuestra edad con el pelo moreno bien peinado y con un flequillo resplandeciente de tanta brillantina que llevaban.

Un prisionero me enseñó una vez, desde detrás de la alambrada, a cambio de un chicle envuelto en papel amarillo, una foto de una mujer gorda desnuda, sin nada de ropa, salvo unas medias de nailon y un ligero. Estuve un rato mirándola sin moverme, como alcanzado por un rayo, con los ojos como platos, mudo de espanto, como si en Yom Kippur, en la sinagoga, de repente alguien se levantara y gritara el Nombre Inefable, y al rato me di la vuelta y huí de allí corriendo como un loco, consternado, afectado, acongojado. Tenía cinco o seis años y salí corriendo como perseguido por los lobos, corrí sin parar y no pude escapar de aquella imagen hasta los once años y medio más o menos.

Tras la creación del Estado, la casa del cónsul se utilizó como puesto de la guardia nacional, de la guardia de fronteras y protección civil; también fue academia militar, hasta que se convirtió en una institución educativa para chicas ultraortodoxas llamada Casa de Bendición. Con frecuencia doy una vuelta por Kerem Abraham, desde la calle Guelulá, que ha pasado a ser la calle Malke Israel, me dirijo a la calle Malaquías, giro a la izquierda hacia la calle Zacarías, deambulo un poco por la calle Amós, subo por la calle Abdías hasta llegar a la entrada de la casa del cónsul Finn, y entonces me detengo unos minutos junto a la puerta. El viejo edificio se ha encogido con los años, como si de un mazo le hubieran aplastado la cabeza entre los hombros, como si se hubiera convertido al judaísmo. Los árboles y las plantas han sido arrancados y el patio asfaltado. Pinocho y Geppetto se han desvanecido. También la academia militar parece no

haber existido. Restos de una cabaña derruida de la fiesta de Sukkot se amontonan en el patio delantero. Dos o tres mujeres con cofias y hábitos oscuros están a veces junto a la puerta: se callan cuando las miro. No me devuelven la mirada. Murmuran cuando me alejo.

Al Llegar a Palestina, en 1933, mi padre se matriculó para obtener la licenciatura en la Universidad Hebrea de Har Hatzofim en Jerusalén. Al principio vivió con sus padres en un pequeño piso alquilado del barrio de Kerem Abraham, en la calle Amós, a unos doscientos metros al este de la casa del cónsul Finn. Después sus padres se mudaron a otro piso. Al piso de la calle Amós se trasladó el matrimonio Zarhi, pero en la habitación a la que se entraba por la terraza siguió viviendo de alquiler el joven estudiante en el que sus padres tenían puestas grandes esperanzas.

Kerem Abraham era aún un barrio nuevo, la mayoría de las calles no estaban pavimentadas, y el viñedo, el *kerem*, que le dio el nombre, todavía brotaba en algunos patios de los nuevos edificios: parras y granados, higueras y moreras cuyas copas susurraban a cada ráfaga de viento. A comienzos del verano, si se abrían las ventanas, el olor de la floración llenaba las pequeñas habitaciones. Por encima de los tejados y al final de las calles polvorientas se veían las montañas que rodean Jerusalén.

Uno tras otro se fueron construyendo edificios de piedra cuadrangulares, sencillos, de dos o tres plantas divididas en un montón de pisos agobiantes con dos habitaciones diminutas. Los patios y las barandillas de los balcones tenían verjas de hierro que se oxidaban enseguida. En las puertas de las casas soldaron estrellas de David o la palabra "Sión". Poco a poco los cipreses y los pinos aplastaron a los granados y las parras. Por algunos sitios florecían granados silvestres, pero los niños los destrozaban antes de que el fruto madurara. Entre los árboles descuidados y las manchas de piedra de los patios a veces plantaban adelfas o geranios. Pero rápidamente esos arriates caían en el olvido: se ponían tendedores encima de ellos y eran pisoteados o se llenaban de cardos y cristales rotos. Si no morían de sed, las adelfas y los geranios crecían salvajes como la maleza. Se construyeron muchos trasteros en los patios, barracones con techumbre de latón, cabañas inestables hechas con las tablas de los baúles en los que los habitantes habían traído sus cosas, como si quisieran construir aquí una copia de sus pueblos de Polonia, Ucrania, Hungría o Lituania.

Algunos ataban una lata de aceitunas vacía a un palo, levantaban un palomar y esperaban a que fueran las palomas hasta que desistían. A veces alguien intentaba criar en su patio algunas aves, otro se esforzaba por cultivar un pequeño huerto de rábanos, cebollas, coles, perejil. Casi todos deseaban marcharse a lugares más civilizados, a Rehavia, a Kiriath Shmuel, a Talpiot o a Bet Hakerem. Todos procuraban creer que los malos tiempos pasarían, que el Estado hebreo se fundaría pronto y todo mejoraría: el vaso del dolor ya estaba lleno. Shneur Zalman Rubashov, que después pasó a llamarse Zalman Shazar y fue elegido presidente del Estado, escribió en esa época en un periódico: "Cuando por fin se funde el Estado hebreo libre, nada será igual que antes. Ni siquiera el amor volverá a ser igual que antes".

CIUDAD ESCUELA

Somos la ciudad que más invierte en educación, cultura y deporte.

(37% del Presupuesto)

20 nuevas UVA



CIUDAD SEGURA

Somos la ciudad del país que más invierte en seguridad

500 cuadrantes de excelencia

CIUDAD SOSTENIBLE

Invertimos 3 billones en proyectos que protegen el medio ambiente.

Parques del Río Medellín



CIUDAD SALUDABLE

Somos la ciudad del país que más invierte en atención a la población vulnerable.

17 nuevos hospitales y centros de salud.

CIUDAD EMPLEO

1 de cada 4 empleos en el país se generó en Medellín.

* Período mayo 2013 - 2014

Inversión en obras públicas.



GRACIAS

Con tu aporte haces de Medellín una ciudad para la Vida.

Derrota al cuadrado

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Fotografías: Sergio González

Le dicen “La perla escondida del Caribe” y fue el primer poblado fundado por los españoles en tierra suramericana (1509). Cinco siglos y cinco años después, el viernes 4 de julio de 2014, Necoclí estaba en el mapa de nuestros noticieros y periódicos por cuenta de una joya negra, nacida en su tierra, que resplandecía en el mundial de fútbol de Brasil. Su nombre: Juan Guillermo Cuadrado Bello.

Por primera vez en un mundial, y en cuartos de final, Colombia se enfrentaba a Brasil. Quienes hemos vivido la historia de Colombia como una colección de hazañas remotas o tragedias presentes, sentíamos ese día como si estuviéramos asistiendo a la refundación de la patria, una patria que soportábamos a pesar de todo y que nos había encandilado jugando fútbol.

Entre los jugadores que lograban el encantamiento estaba Juan Guillermo, un jovencito delgado, de apariencia frágil, con finos y cortos *reads* en la cabeza y rostro infantil, que más parecía un cantante de salsa choke que un atleta. Y su tierra se preparaba para entronizarlo como un superhéroe con el beneplácito nacional, con reportajes, entrevistas y transmisiones en directo a cargo de la gran prensa del país.

Por las veredas corrió el rumor de que el alcalde había decretado Ley Seca para ese viernes. Me preguntaba si esa medida cobijaba la chicha de maíz que toman los pacíficos indígenas Senú y los campesinos de la zona. En la sede de la alcaldía, una casa de dos plantas ubicada a dos cuadras del parque principal, había un cuadro de unos tres metros de ancho por dos de alto con los rostros de tres prohombres locales que resultaron ser jugadores de fútbol. El del centro era Juan Guillermo, a su derecha Carlos Díaz, defensa del Atlético Huila, y a su izquierda Luis ‘Neco’ Martínez, arquero del Atlético Nacional. En el segundo piso, la secretaria de Educación desmintió el rumor.

—Para nada, ¿cuál Ley Seca? El alcalde mandó matar un novillo para regalarle carne a la gente.



El día del partido, desde muy temprano, el pueblo se preparaba para el encuentro con su historia. Banderas colgadas en las ventanas de las casas; todos vestidos con camisetas de la selección; bebés con la cara pintada del tricolor nacional; los estudiantes de un colegio en procesión tocando pitos y tambores con más mística que en una Semana Santa. En la calle más comercial, que une el parque con la plaza de mercado, no se encontraba una camiseta de Colombia a la venta. La roja, la amarilla, la blanca: agotadas. Los mototaxistas parecían mariposas amarillas revoloteando bajo el calor y levantando polvo.

En el parque principal, que perdió la sombra con la tala de árboles ordenada por el alcalde en la última remodelación, unos empleados de la alcaldía instalaban una pantalla gigante y un sarán para que filtrara los rayos del sol y dejara ver la imagen del partido. El sol quemaba y anunciaba que iba a estar presente a las tres de la tarde, hora del encuentro.

Esa mañana una periodista de un noticiero de televisión entrevistaba a unas primas de Juan Guillermo que viven en el barrio Simón Bolívar, donde nació. Un periodista y un fotógrafo de un periódico regional iban camino de la casa de Marcela Guerrero y Miguel Ángel Bello, los abuelos maternos que viven a veinte minutos del casco urbano por la vía que conduce a Turbo. En la cancha La Batea del barrio Simón Bolívar, el primer técnico de Cuadrado entrenaba con los muchachos de su escuela de fútbol mientras atendía a un periodista de otro noticiero de televisión que llegó acompañado de un primo del jugador.

Por La Batea pasó caminando Leidy Paola Galé, otra de las primas, con la camiseta de la selección y el apellido obligado en la espalda. Iba para la casa donde nació su primo, a un par de cuadras de la cancha. La casa está cerca de una esquina, tiene porche y jardín, y en su interior conserva la habitación de Juan Guillermo cerrada con llave.

—Solamente la abre él cuando viene de visita —dijo la prima.

La casa parecía recién remodelada, se veía moderna, como un apartamento de ciudad. En las paredes había cuadros con recortes de prensa del jugador. —Juan Guillermo es miedoso, no le gusta dormir solo —dijo la prima.

En la esquina unos vecinos hablaban duro y saludaban a todos los que pasaban por la calle.

—El Cortico la mete hoy —dijo uno.

‘El Cortico’, así le decían a Juan Guillermo en su barrio. A su papá, que trabajaba en una distribuidora de gaseosas, le decían ‘El Bizco’, y Juan Guillermo estaba muy pequeño cuando lo mataron. En el velorio lo tuvieron que alzar para que lo viera en el ataúd. Nadie pensaba entonces que pocos años después ese cortico juguetero se multiplicaría más que su apellido: en fuerza, velocidad y textura física. Y se convertiría en una figura del fútbol mundial.

A la orilla de la carretera, en casa de doña Marcela Guerrero, de 76 años, y Miguel Ángel Bello, de 86, recibían a cuanto reportero quería trabajar.

—Aquí ha venido todo el mundo —dijo Marcela.

Miguel Ángel hablaba poco y Marcela recitaba la historia de su nieto: que era callejero, que se la pasaba jugando fútbol, que lo castigaba y él le

pedía perdón de rodillas, que cuando viene de Italia solo le gusta la comida que ella le hace.

—Ese niño como que desde la barriga pateaba a la mamá —dijo.

Era mediodía y en el televisor de la sala pasaban el primer partido del día, Francia contra Alemania.

—Lo que no me gusta de los partidos es ver como le pegan a Juan Guillermo —dijo Miguel Ángel, quien en realidad es más amante del boxeo y del béisbol.

La casa de madera, piso de cemento liso y techo de láminas de Eternit, tiene forma de “T”: un ala horizontal donde está la sala, el comedor y la habitación de Marcela y Miguel Ángel, y del medio parte un corredor perpendicular que lleva a un patio trasero. En el patio había una habitación con una cocina que lucía como nueva y una hamaca. El piso parecía recién trapeado, las paredes estaban pintadas de verde pastel y tenían algunos cuadros colgados que no desentonaban con el espacio pulcro, sobrio y organizado. Entre los cuadros había un afiche de la Selección Colombia, uno del Deportivo Independiente Medellín en la portada y un título que decía: *L'anno della rivincita* (El año de la revancha).

En la casa estaban los abuelos, una hija y dos nietas pequeñas, de unos dos y cuatro años. Marcela y Miguel Ángel tenían puestas las camisetas amarillas con la imagen de su nieto estampada en el frente.

—Nos las mandó de Italia —dijo Marcela.

La última llamada que Juan Guillermo les hizo había sido cuatro días atrás.

—Me siento bien, luchando a ver si ganamos —le dijo a su abuela.

—Seguro que van a ganar —dijo ella.

—¿Y el papi cómo está?

—Él está muy bien.

Ella sufre de la cadera y de los riñones y Miguel del azúcar.

—Le pedí ánimos a Dios para ver el mundial y así ha sido —dijo Marcela.

Ella es una morena acuerpada, de pelo cano estirado hacia atrás y sostenido por una diadema dorada. Él es un hombre delgado, de pelo corto, bastón y mirada triste. Campesinos de toda la vida.

El partido de Francia y Alemania avanzaba y el desespero de los franceses era lo único que tensionaba el ambiente. Afuera no se oía ni siquiera el pasar de los carros. En cambio con cada victoria de Colombia la misma vía se convertía en un río de motos y carros con hinchas celebrando. Marcela sufría porque había accidentes y peleas, pero si Colombia le

ganaba a Brasil ese día saldría con sus familiares a la orilla de la carretera a recibir la alegría de su pueblo.

A un par de horas de iniciar el partido, por la principal salida de Antioquia al mar, apenas pasaba un mototaxi o una buseta de tanto en tanto. El ganado en los potreros, al otro lado de la vía, parecía naturaleza muerta. El sol se sentó en la sala a ver ganar a los alemanes. Doña Marcela y don Miguel también estaban sentados, cada uno en una silla, a lado y lado de la puerta de entrada. Miraban el partido, se distraían. La hora de su nieto se acercaba.

El parque sin árboles de Necoclí empezó a recibir vecinos. El sol celebraba el triunfo de los alemanes descargando sus rayos sobre el sarán como si fuera el único lugar de la tierra que le interesara. El sarán parecía una delicada malla

femenina que recibía un bombardeo tendida en su colgadero. En la tarima la pantalla resplandecía. La imagen del partido de Colombia contra Brasil era un halo en el horizonte de un desierto. No se veía nada. Sobre el piso de la tarima había un televisor auxiliar en el que unas trescientas personas intuían lo que pasaba. Les repartieron carne envuelta en papel de aluminio y todos masticaban, gritaban y sufrían. La refundación de la patria era a las patadas. La potencia futbolera se desprendió de remilgos azucarados, bosanovas y sambas y sacó los machetes de la zafra. En menos de diez minutos los aturdidos héroes colombianos recibieron el primer corte de parte de Thiago Silva. Brasil no les ofreció ni siquiera una cachaza para echarse en la herida. Cuadrado, ya con cuerpo de mantis religiosa, esquivaba la cacería sin



encontrar un huequito por donde hacer daño. Necoclí entero manoteaba y suspiraba. Por lo menos su muchacho había aprendido a escabullirse. En la cancha el árbitro estaba del lado de los dueños de la tierra. El machetazo de David Luiz nos hirió de muerte. La brisa que venía del mar sabía más salada en el parque del pueblo, pero debíamos caer con evidencias para posteriores reclamos. El gol de Yepes fue una tutela negada y después James, valiente, nos regaló la breve ilusión de una remontada. El partido terminó. Colombia quedó eliminada del mundial y el hijo de Necoclí no pudo hacer nada para evitarlo. Nos sentimos víctimas de un despojo. “Nos robaron”, “Eso fue gol de Yepes”, “Brasil se dedicó a dar pata”, balbuceábamos. No atinábamos a decir si la refundación de la patria se había completado.

En los próximos minutos a los reporteros de televisión les cancelarían su aparición en directo y los necoclíenses intentarían sostener la celebración. Pasó por el parque un carro de bomberos con la sirena encendida y con gente trepada encima. Sonaba como una am-

bulancia que llevaba un malherido. Los mototaxistas chapaleaban como peces varados a la orilla del mar. El sol se fue a celebrar a otra parte y la noche cayó como un consuelo.

En su casa, a orillas de la carretera, Marcela y Miguel Ángel estaban tristes, pero tranquilos. Llegaron a visitarlos un vecino, un nieto y una hija. Miguel Ángel se mecía en la hamaca del patio, y Marcela atendía el celular en la sala.

—Le pegaron mucho —dijo Miguel.

—La culpa fue del árbitro —dijo Marcela.

La oscuridad se esparcía por los alrededores. No se veía el pavimento de la carretera ni los potreros del otro lado. Se oían las chicharras y algún carro que pasaba. No había algarabía, no había romería, no había alegría.

—Dios sabe como hace sus cosas —dijo Marcela—. A lo mejor si hubieran ganado viene toda esa gente en procesión y hay algún muerto. Mejor así.

O como decía el cuadro que había colgado en la sala, otro sería *l'anno della rivincita*. ☪

La tentación del ocio

por JOAQUÍN MATTOS OMAR

Ilustración: Mónica Betancourt

Empezó pidiendo, como lo hace todo el mundo, "cinco minuticos más". Por entonces era un chico de catorce años y estudiaba bachillerato. Su jornada colegial empezaba a las 7:30 a.m. y su madre lo despertaba a las seis. Para él esa voz, dulce pero firme, que cortaba de un tajo su sueño con la exacta guillotina del llamado al deber, equivalía a la tonante voz de Dios expulsándolo del paraíso. Y como todos los adanes del mundo pedía: "Cinco minuticos más".

—Cinco minutos, Alfonso. Ni uno más —oía que le advertía su madre, y la sentía alejarse del dormitorio.

Y, en efecto, cinco minutos después, con un esfuerzo digno de Hércules, se levantaba.

Diez años más tarde era la voz de su esposa, igualmente maternal, la que se empeñaba en sacarlo del jardín de las delicias de sus sueños en nombre de otro deber, el sacrosanto deber de los adultos: el trabajo. Y él volvía a implorar sus cinco minuticos adicionales de felicidad, aunque alguna vez sintió el impulso de decir, al modo de Carlitos Brown: "Hoy no me voy a levantar hasta que tenga un sueño que me guste".

Pasados otros largos años, la cálida humanidad de aquellas dos voces femeninas, ya por completo desterradas de su vida, fue remplazada por la fría, metálica y feroz voz de la alarma del despertador. Olvidando que esta máquina era insensible a los ruegos, él le pedía, sin embargo, su consabido mendrugo de tiempo extra; pero no ya cinco minuticos sino diez.

Empezó a llegar tarde al trabajo. Y entonces surgió una nueva amenaza en el horizonte: la horrible cara de bruja malvada de la jefe de personal, sus frecuentes reclamos, sus implacables memorandos.

Así siguieron las cosas. Una mañana, mientras soñaba que vivía en un maravilloso país en el que no existían horarios ni agendas, chilló la alarma del despertador. Apenas abrió los ojos vio que eran las 6:30 a.m. y dijo mecánicamente: "Diez minuticos más". El aparato volvió a formular su estridente llamado. Con esfuerzo volvió a abrir los ojos: eran las 6:43 a.m. Se arrebujó entre las sábanas y masculló: "Qué diablos, otros diez minutos más". Y sucumbió de nuevo al sueño, aunque el despertador, tozudo, implacable, seguía insistiendo en sacarlo de la cama.



Eran las 7:05 a.m. y para ese entonces, muy adentro de sí mismo, ya se había madurado por completo una decisión terminante: "No me jodas más la paciencia, voy a tomarme todo el día". Y, estirando el brazo, apagó la alarma.

Sintió un alivio profundo, una felicidad creciente. Hacia el mediodía ya estaba en plena vigilia, pero seguía en la cama, la que sentía más muelle que nunca. Sabía ya que no iría más al trabajo, que sus mañanas no estarían sometidas nunca más a la tiranía del reloj. Pero, detrás de esta certeza fueron presentándose en fila sus sombríos corolarios: ¿Cómo pagaría el arriendo del apartamento?; ¿cómo pagaría los servicios de agua y energía?; ¿cómo pagaría esto y lo otro?

Se dio vuelta en la cama mientras recitaba entre dientes ese hermoso poema que tanto le gustaba: "No leer, no sufrir, no escribir, no pagar cuentas...". Después se dijo, resuelto: "En fin, mañana será otro día y algo sucederá. Tal vez alguien venga y se haga cargo de mí".

Y hundió la cabeza en la suavidad de la almohada, lenta, remolona, profundamente. ☺

Civitas

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Ilustración: Hernán Franco Higuaita

Iba en busca de una dirección por el barrio de las colinas. Tenía que vérmelas con un funcionario público para explicar mi retardo en el pago de una obligación tributaria. El calor de ese día no daba sino para ir a la playa, pero yo estaba a casi dos mil kilómetros de las olas. Cuando creía ir en el sentido correcto, de repente los números de las edificaciones cambiaban brusquemente o terminaba en una bocacalle que parecía calcada de un grabado de pesadilla, una crueldad que ni a Escher se le hubiera ocurrido. Entonces tuve compasión de los mensajeros, esos héroes olvidados.

Me había fugado del trabajo para ir a resolver ese asunto que a menudo me sobresaltaba en mitad de la noche, sin que pudiera volver a recobrar el sueño. Fui hacia una esquina próxima, rendido ya de mi extravío, y encontré a un hombre acucillado bajo un árbol: repasaba las lunetas de sus uñas con una navaja. No tenía mal aspecto, aunque con la punta de su arma untaba los restos de mugre que pescaba sobre una gabardina que tenía encima de las rodillas. Le pregunté dónde podría quedar esa oficina. De inmediato me señaló con distracción la cuesta que debía subir: "Es allá arriba", dijo.

Animado por la pequeña ayuda del desconocido, subí la loma y al fondo de la calle encontré un edificio de ladrillo a la vista, con todas las trazas de ser un despacho del gobierno. En la entrada me dijeron que eran unas oficinas de arquitectos y que no había por ese sector ningún lugar con aires de oficina pública.

Regresé por dónde había venido y encontré de nuevo al mismo hombre, bajo el mismo árbol y aún con la gabardina en su regazo. Ya debía haber terminado sus labores de manicure. Me miró con una sonrisa malévol, luego se incorporó y empezó a caminar detrás de mí. Cuando igualó sus pasos con los míos, se volvió para mirarme con una risa aún más cínica y provocadora. Quería recordarle la vocación de vagabunda de la madre que lo parió, pero me contuve. Entonces, tal vez al advertir mi cautelosa indiferencia, me lancé



un codazo, menos fuerte de lo que esperaba, casi como una señal de desafío. Empecé a correr para cruzar la autopista y él hizo lo propio. Fue entonces cuando al hombre se le cayó la gabardina que colgaba de su brazo. Se agachó para recogerla en el mismo instante en que venía una camioneta. El impacto lo lanzó en un segundo contra la orilla contraria, justo donde había comenzado a seguirme.

Me fui caminando a paso lento, rumiando mis cosas, refugiándome en la idea culposa de haberme fugado del trabajo. Pronto la calle se fue llenando de curiosos, carros que se embotellaban. Sus pitos se mezclaban con algunos gritos de auxilio.

Unas cuadras más allá el aire estaba limpio, y se oía a un nido de pichoncitos que trinaban alegres en la fronda de algún árbol cercano. ☺

Innovamos al servicio de la gente.

Gestión ambiental

- Constitución de la **Corporación Cuenca Verde** que beneficiará a 3.5 millones de personas con la protección y cuidado de las cuencas La Fe y Riogrande II.
- Cerca de 240 soluciones de vivienda se entregaron en los municipios de Venecia, San Rafael y Necoclí en el marco del programa **Aldéas**, construidas con madera extraída de las plantaciones de árboles reforestados en área de los embalses.

www.epm.com.co

Con el tercer llamado para *Copenhague* apago el cigarrillo y entro al teatro con el abrigo Heisenberg. Me he calzado la coraza del más duro de los personajes que he interpretado en toda mi vida: "Soy una partícula pero también soy una onda".

Tiene el escenario, a diferencia de la vida, la certeza de las acciones. La *Incertidumbre* es derrotada por las estructuras rígidas de la actuación: sabemos exactamente en dónde estamos y qué estamos haciendo en cada instante, sabemos de la velocidad y de la localización de la partícula. Tenemos los actores del dominio de la vida de los personajes: tenemos el tono, tenemos el tiempo y también el tiempo; el color, la temperatura, el volumen; tenemos el *ethos* y también tenemos las dimensiones sociológicas en nuestro cuerpo. Sabemos el instante de la muerte de nuestro personaje, pero Heisenberg no morirá esta noche en *Copenhague* porque "ya estamos muertos es cierto y no le hacemos daño a nadie y no traicionamos a nadie".

La sala está hermosamente poblada de fantasmas. El brillo de cientos de ojos parecen electrones libres a través de una cámara de niebla, aparecen y desaparecen sin direcciones definidas, sin dejar huellas: visiones breves, colisiones con la luz que se escapa del escenario.

Bohr y Margrethe flotan en la escena de la surrealista inversa *kandiskiana* *Copenhague* con sus melódicos y desgarradores parlamentos de protesta por la invasión nazi de su amada Dinamarca.

La noche es el canto odiado por el fóbico escritor de *Basura* y amado por el mexicano de *Klingsor*. Y el ángel ha bajado: Werner Heisenberg (yo), Niels Bohr (Eduardo Cárdenas) y Margrethe Norlund (Catalina Murillo) interpretan el suave scherzo al modo de un párodos trágico.

La noche presagia la vida: el cadencioso resonar de la fisión de los electrones rápidos del U238 ha hecho el milagro alquímico del Plutonio: ha nacido un nuevo elemento y este será fisionado y nacera Neptunio: los dioses del inframundo, los dioses de la destrucción atómica.

Han transcurrido 35 minutos de la escena y siento el primer golpe de la aceleración del corazón. Una violenta taquicardia me acompaña el parlamento en donde trato de explicarle a Niels la posibilidad de construir bombas atómicas a partir de la reacción en cadena. La oscuridad se vuelve blanca y brillante, se ralentiza el tiempo y el calor se torna en sudor frío. Oigo lejanas las palabras de acusación de Niels, me apoyo en el brazo sorprendido de Eduardo y se me dobla la rodilla izquierda hasta tocar suavemente el piso de madera de la casa de los Bohr. En la corta eternidad de la pausa caigo en la cuenta de la situación y aprovecho el silencio para "pensar con claridad y rapidez, es como esquiar" y pronuncio el débil e inaudible "Seguí, Eduardo".

Lentamente la taquicardia cede pero me es imposible volver a la escena, la *Incertidumbre* se ha impuesto sobre la estructura teatral. El presente es ahora más presente y todas las alertas del soliviantado cuerpo comienzan a funcionar en defensa de la obra. El tiempo ahora es largo, el tempo lento, las distancias inmensas, la visión opaca y el sonido tiene un extraño resonar sin altos y sin brillos. Es una lejana realidad seca, sin emociones, envuelta en soledad. Cata y Eduardo comprenden la situación y me acompañan solidarios por el viaje de la inestabilidad que paradójicamente produce una certeza firme en cada palabra, en cada movimiento.

Niels, Margrethe y Heisenberg han cedido sus roles a Eduardo, a Catalina y a Rodrigo, ellos son ahora espectadores del drama de la vida de los actores. Y el segundo borrador de la misteriosa visita a *Copenhague* invade los terrenos de la realidad. La bomba atómica estalla en las cabezas de los dos físicos y la guerra se toma la escena.

"Una noche salí a caminar por Berlín desde el centro a uno de sus barrios después de uno de los grandes bombardeos: toda la ciu-

El primer motivo para publicar esta pequeña historia de un actor con taquicardia, al que le falta el aire mientras piensa en su personaje, es el nombre de la editorial que la publicó: Ediciones de Camerino. El segundo es que hace parte de un libro, *Tercer timbre*, que sorprende con las historias de teatro con Medellín como escenario. Hay tablas y hay calles. El tercer motivo es parte de un homenaje a Rodrigo Saldarriaga (1950-2014), un hombre que vivió cuarenta y cinco años en el teatro, como circo itinerante, como casa y fortín, como refugio para pensar y hablar.



Y la vida empezó en sábado

por RODRIGO SALDARRIAGA

dad en llamas". La visión de los estruendos luminosos me provoca una emoción que toca de nuevo el corazón y otra vez la taquicardia empuja el parlamento: "Hasta los charcos en las calles estaban ardiendo, eran charcos de fósforo derretido, se pega a los zapatos como caca de perro incandescente, como si una jauría del infierno hubiera ensuciado todas las calles de la ciudad". Ahora afuera todo es blanco, silencioso y frío, adentro el golpeteo de las pulsaciones se confunde con el ronroneo de los aviones y con el estruendo horroso de las bombas. Me falta el aire y empujo desde el diafragma las últimas frases de la angustiada agonía: "Te hubieras reído de mí, mis zapatos estallaban en llamas a cada segundo. A mi alrededor, supongo, hay miles de personas muriendo quemadas y lo único que puedo pensar es cómo puedo conseguir otro par de zapatos en tiempos como estos".

Ya no hay más tiempo, ya no hay más aire. Me recuesto plácidamente en la plataforma, cierro los ojos que ya no ven y me voy, alejándome en el silencio, avanzando hacia la nada, cerrando el paréntesis del tiempo que nos fue dado por la materia. Fui materia fisionada por el tiempo transformada en recuerdo.

...Un largo silencio sin memoria...

Ahora, cuarenta reflectores cenitales me encandilan, estoy acostado en el piso del escenario de Pequeño Teatro, en la casa de los Bohr, y no he podido descifrar en dónde estoy, veo la silueta en contraluz de Eduardo que está empujándome el pecho y oigo la entrecortada voz de Catalina que pide ayuda: "¿Hay un médico en la sala? Por favor...". El silencio es aterrador. Han hecho un surullo con el abrigo de Heisenberg que ahora es mi almohada, me han quitado los zapatos, me han subido los pies a una silla de la escenografía, me han quitado la corbata, abierto la camisa y soltado la correa y la pretina del pantalón.

Veo a los espectadores en un escorzo extraño salidos de sus sillas, bocas abiertas, ojos desorbitados y un silencio reverencial de catacumba. Son ahora público de la más patética escena, no han tenido ni tiempo ni distancia para entender la realidad, siguen ejerciendo su protagónico rol de espectadores. Desde Aristóteles hasta Brecht se habrían indignado, y con razón, con aquel verismo simplón. Tal vez el "nieto de monseñor" habría reivindicado esta escena como el teatro de su gusto. Cada uno escoge sus fobias para ocultar sus verdaderos miedos. Y mi terror es hacer el ridículo y lo estoy haciendo, pero no tengo conciencia de qué obra es, ni de haber dirigido jamás un montaje semejante.

Lentamente viajo hacia la conciencia, hacia la realidad en un trago de agua que me ha traído Eduardo y en el claro llamado de Catalina a los espectadores, "Como podrán entender, hasta aquí llegamos". Siento el tímido amago de un aplauso inhibido por el miedo a la muerte y por el respeto al herido en el combate y a una pareja de jóvenes médicos que se han desprendido del desfile de espectadores para atenderme.

Reviven en la memoria al ritmo, ahora lento pero firme del corazón, todos mis fantasmas, todos mis muertos, que ya son muchos, que ya son todos: los del teatro, los actores y los personajes; los de la vida, mis amigos y mi familia, y los otros que también son fantasmas. Las quinientas butacas de Pequeño Teatro se van llenando de figuras lívidas que sonrían o ríen a carcajadas burlándose de la ridícula escena interpretada por el más vanidoso y petulante de los actores, yo.

El ulular de una sirena de ambulancia me deposita brutalmente de nuevo en la realidad y me convierte en materia con pensamiento y con voluntad para entregarme a las manos sagradas del grupo de cardiólogos del Hospital Universitario. Ahora, al fin, soy materia intervenida por la ciencia y el hombre.

Ocho días después me devuelven al escenario para interpretar una vez más a Heisenberg y para tratar de entender el núcleo de *Incertidumbre* en aquellos breves segundos en el escenario cuando viví sin interpretar la realidad. ☹



www.cinéfagos.net

cine colombiano · crítica de cine
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

Astronomía para niños y adultos

CURSOS DE OTRO MUNDO

42 experiencias interactivas y un gran domo digital permiten aprendizajes memorables



Niños

Exploración del Sistema Solar

Astronomía para niños I
Sábados del 23 de agosto al 11 de octubre
Horario: 9:00 a.m. a 11:00 a.m.

Entre galaxias y nebulosas

Astronomía básica para niños II
Sábados del 23 de agosto al 11 de octubre
Horario: 11:00 a.m. a 1:00 p.m.

Valor curso: \$200.000

Adultos

Navega el cosmos

Fundamentos de astronomía
Sábados del 23 de agosto al 11 de octubre
Horario: 9:00 a.m. a 11:00 a.m.

Mapea el firmamento

Astronomía observacional
Martes del 26 de agosto al 14 de octubre
Horario: 6:00 p.m. a 8:00 p.m.

Viaja por el Universo

Galaxias y cosmología
Jueves del 28 de agosto al 16 de octubre
Horario: 6:00 p.m. a 8:00 p.m.

Valor curso: \$130.000



Inscripciones:

Hasta el viernes 8 de agosto
reservas@parqueexplora.org
Teléfono: (57 4) 516 83 49 - 516 83 73

www.planetariomedellin.org